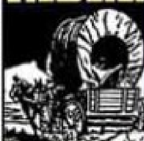
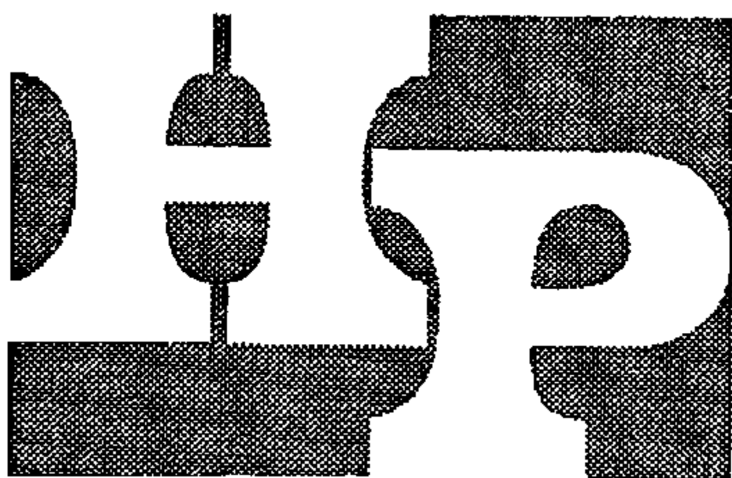
BOLSILIBROS BRUGUERA

Héroes de la PRADERA



Keith Luger

LAS BRUJAS DE LA LLANURA





Héroes de la PRADERA



Silver Kane

LAS BRUJAS DE LA LLANURA

Colección
HÉROES DE LA PRADERA Nº 397
Publicación semanal
Aparece los JUEVES

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
BARCELONA-BOGOTA-BUENOS AIRES-CARACAS-MEXICO

ISBN 84-02-02524-2

Depósito legal: B 25546-1977

Impreso en España - Printed in Spain

2ª edición: agosto, 1977

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1970

CAPÍTULO PRIMERO

El cartel era como tantos y tantos otros que había en las ciudades del Oeste.

Una cara. Una frase que siempre era la misma: «Vivo o muerto». Y debajo una cifra con la recompensa.

¿Por qué, pues, aquel pasquín llamaba tanto la atención? ¿Por qué se había reunido tanta gente en torno suyo?

Quizá era por la cifra que resultaba muy elevada: 5000 dólares. O por el nombre, que era el de uno de los pistoleros más temibles del Sudoeste.

JOHNNY RIMBLAY
BUSCADO POR ASALTO Y ASESINATO
5000 DÓLARES
A QUIEN LO ENTREGUE A LA LEY
VIVO O MUERTO

Eso era todo.

Pero resultaba bastante, desde luego, a juzgar por los comentarios que se hacían.

Los hombres que estaban frente al pasquín parecían no haber visto nada más importante aquel año.

—Eso significa que Rimblay ha entrado en el territorio.

—No creí que se atreviera a tanto.

—Pero esa cifra de cinco mil dólares… Diablos, es muy elevada… ¿Quién la paga?

El inevitable vejete que había en todas las ciudades del Oeste y

que estaba enterado de los mil y un detalles de la vida de cada día, fue quien dio la respuesta:

—La paga el señor Baxter.

—¿Eh?

—¿El señor Baxter? ¿Y por qué se desprende de tanto dinero?

—Porque Rimblay ha atacado casi siempre sus propiedades.

—Y ha matado a sus hombres.

—Y porque debe querer acabar de una vez.

Alguien murmuró:

—Cuidado. Viene el señor Baxter.

Todos se apartaron, porque querían dejarle ver el pasquín a gusto, si es que se acercaba.

Pero Baxter, el hombre más rico de Albany, no se acercó. Simplemente subió como siempre a su elegante tílburi, que le aguardaba en la esquina.

El vejete susurró:

—Va más elegante que otros días…

—El señor Baxter siempre va elegante.

El tílburi pasó junto al grupo de curiosos y Baxter no les dirigió más que una mirada superficial. Era evidente que ya conocía el pasquín. Pasó frente a la oficina del *sheriff* y un poco más allá se detuvo para recoger a Olwen, que era su ayudante principal y su secretario.

Olwen sudaba aquella mañana, a pesar de que no hacía demasiado calor. Se quitaba y se ponía las gafas continuamente, como si le molestasen a pesar de que las había llevado toda la vida.

—Hola, señor Baxter.

—Hola, Olwen. ¿Ha ido al Banco?

—Sí, señor. Aquí tiene todo el dinero necesario.

Le entregó un grueso fajo de billetes, que Baxter guardó tranquilamente en uno de sus bolsillos.

—¿También has hecho la otra cosa que te dije?

—Sí, señor Baxter. He ido a Fort Worth. Y he depositado la fianza que me exigieron para que dejaran en libertad a ese granuja.

—¿Cuánto te pidieron?

—Mucho, señor Baxter. Tres mil.

—Es una barbaridad.

—Y aún no querían soltarlo. Lo consideran una pieza de calibre.

—Y tienen razón.

Baxter consultó su reloj de oro, que al abrirlo despedía unas alegres notas musicales, y al ver la hora frunció el ceño y fustigó a su caballo. Parecía tener prisa por llegar a alguna parte.

Olwen se pasó una mano por la boca.

—Señor Baxter…

—¿Qué?

—He ordenado que los pasquines fueran puestos en todas partes. Hay una gran expectación.

—Ya lo he notado.

—¿Usted cree que…?

—Sí, yo creo que se organizarán batidas de voluntarios. Y que ese maldito Rimblay no tendrá agallas para acercarse aquí.

Baxter volvió a consultar su reloj.

Fustigó su caballo y salieron de Albany.

Tenía prisa por llegar a una pequeña ermita que se elevaba a unas dos millas de la ciudad, y donde tenían lugar todas las bodas elegantes. A Baxter no le faltaban motivos para desear llegar a tiempo.

Detuvo por fin el caballo ante la entrada, que estaba profusamente adornada con flores. Unas pocas personas, escogidas entre lo más selecto de la población de Albany, aguardaban en la puerta.

Se trataba de una boda sin apenas público, pues la mayor parte de los habitantes de Albany ignoraban incluso que iba a celebrarse. Pero los que estaban allí representaban la flor y nata de aquella parte de Texas.

—Hola, señor Baxter.

—Creíamos que no llegaba.

—La novia está esperando hace rato.

Alguien casi le reconvino:

—Es la primera vez que vemos esperar a la novia, señor Baxter.

El millonario descendió del carruaje y entró en el templo sin contestar. Palpó mecánicamente los billetes que le había dado Olwen. Había cinco mil, lo mismo que se pagaba por Rimblay. Con aquello había bastante para hacer un bonito viaje de bodas.

Sonó la música solemne en el órgano.

La novia, que estaba ya ante el altar, volvió la cabeza y sonrió

con cierta timidez.

Pese a aquella sonrisa tímida, no era una palomita, por supuesto. No podía ser una palomita la muchacha que se casaba con Baxter fingiendo estar enamorada de él. Pero apenas había cumplido los dieciocho, mientras que Baxter tenía cincuenta. Era la muchacha más bonita de Albany y la que más enloquecía al millonario. Era, además, de una familia notable, de apellido ilustre, venida a menos. Baxter si quería conseguir algo, tenía que pasar antes por la vicaría. Y ahora iba a hacerlo, pero creía que valía la pena.

Cuando se situó a su lado, ella susurró:

—Estaba temiendo por ti, cariño. Pensaba que te podía haber ocurrido algo. Pero ahora ya estás aquí, amor mío.

Puesta a fingir amor, a aquella muchacha no le ganaba nadie.

El sacerdote se acercó a ambos.

Consultó a Baxter con la mirada y éste le indicó, del mismo modo, que podía empezar.

La ceremonia tenía que ser rápida y sencilla. Baxter se sentía impaciente.

Arriba, en el coro, unos niños contratados expresamente se pusieron a cantar.

La vieja señora Tulpe les dirigía. La señora Tulpe llevaba un ridículo sombrero con una pluma y unas gafas de dos dedos. No veía nada excepto dos cosas: los hombres guapos (pues la señora Tulpe, pese a su edad, también tenía su corazoncito), y las monedas de cinco dólares.

Por eso vio a aquel hombre.

Porque era guapo, muy guapo, y porque llevaba una moneda de cinco dólares colgando del cinturón.

¿Pero qué hacía allí?

¿Por qué se había situado en el coro?

Además, llevaba un rifle, lo cual es siempre de pésimo gusto en una iglesia. Y tema unos ojos extrañamente quietos, que sólo miraban a la pareja de novios, de espaldas a él.

La señora Tulpe estuvo a punto de detener la canción.

Pero no se atrevió.

¿Y si aquel hombre era un guardaespaldas del señor Baxter? ¡Tenía tantos! ¿Y si hacía una escenita, metía la pata y luego el señor Baxter no quería pagarle sus honorarios por dirigir el coro?

De modo que se calló.

No dijo nada incluso cuando aquel extraño tipo alzó un poco el rifle, como si apuntara a alguien.

Era el momento en que Baxter decía al oído de su jovencísima novia:

—Qué bonita estás… ¡Cómo me gustas, pequeña!

Esa frase de «¡Cómo me gustas, pequeña!», indica hasta qué punto el amor de Baxter era «romántico» y «desinteresado». Pero qué le vamos a hacer… La novia, al fin y al cabo, ya lo sabía.

Fue en aquel momento cuando sonó el disparo.

Baxter no llegó apenas a oírlo, porque en el mismo instante le pareció como si estallara su cabeza. Tuvo la sensación de que el disparo había sonado dentro de él. De que cien granadas a la vez estallaban entre su frente y su nuca.

Cayó de costado, mientras sobre el inmaculado vestido de la novia se proyectaban varias manchas de sangre.

Ella chilló, gritó espantosamente, llevándose ambas manos a la boca.

También gritaron muchos de los que iban a ser testigos de la ceremonia.

Y la señora Tulpe, que estaba arriba. A la señora Tulpe incluso le voló, del susto, el sombrero por los aires. Y estuvo a punto de caer del coro.

Los únicos que no se inmutaron fueron los niños. Aquellos rapazuelos estaban acostumbrados a oír disparos cada día, de modo que siguieron cantando como si tal cosa.

El hombre que acababa de tirar con el rifle, y que llevaba el sombrero muy echado sobre los ojos, sonrió levemente, como el que acaba de hacer un buen trabajo, y se dirigió hacia la puertecita que llevaba a las escaleras y a la salida.

La señora Tulpe lo reconoció entonces. Había visto el pasquín aquella misma mañana.

—¡Es Rimblay!

Y ahora sí que se desmayó.

Quizá lo hizo, en el fondo, con la esperanza de que el propio Rimblay la recogiera y le diera masajes, pero esas secretas ilusiones se vieron defraudadas. Lo único que al hombre le interesaba ahora era huir. De modo que descendió a toda prisa las escaleras y echó a

correr hacia el caballo que le aguardaba a poca distancia, en la parte trasera de la ermita.

Alguien se despegó de la pared. Uno que ya llevaba un revólver en la mano derecha.

Gritó roncamente:

—¡Rimblay!

El del rifle no gritó nada. No aparentó sorpresa y ni siquiera parpadeó. Sólo dejó que su arma hablara por él.

La cabeza de su enemigo se abrió en dos mitades, al recibir la bala de lleno. El guardaespaldas de Baxter, el único que el millonario había traído aquella mañana, cayó. A partir de ese momento, el camino estaba libre.

El fugitivo subió sin precipitarse a su caballo. Picó espuelas y se alejó velozmente, dejando detrás de él como único rastro, una estela de polvo dorado.

La novia, que había salido a la puerta de la iglesia con el vestido manchado de sangre, llegó también a verlo y a decir sordamente, mientras se llevaba una mano a la boca:

—Rimblay…

CAPÍTULO II

El hombre que había salido de Fort Worth, cerca de Dallas, llevaba unos pantalones tejanos, una camisa clara una cazadora de piel y un sombrero «Stetson» bastante usado. Llevaba también al cuello un pañuelo amarillo, que hacía que se le distinguiera a gran distancia. Y unas botas de cuero trabajado que eran lo mejor que tenía… Si se exceptuaba el revólver, que era de los que llamaban la atención.

La silla también bastante usada, llevaba una inicial de plata en el lado izquierdo: «N».

Al jinete no importaba que todos lo reconocieran. No le importaba que aquella «N» le delatase.

Al salir de Fort Worth, algunos tipos ya se habían escondido en los portales al verlo pasar.

—Es Norton…

—¡Cuidado!

—¿Pero cómo está libre un tipo así?

Ahora, Norton cabalgaba tranquilamente en dirección a Albany. Una sonrisa leve, inexpresiva, flotaba en su boca. En las comisuras de sus labios descansaba un cigarrillo sin encender.

Sólo contaba con unos dólares, pero no iba a llegar seco a Albany, que aún estaba lejos.

De modo que al ver aquella cantina en el camino se detuvo. Acarició el lomo de su caballo y le señaló el abrevadero.

—Hala, bebe tú también. Pero nada de *whisky*…

Entró.

Al empujar los batientes ya se dio cuenta de que la gente le observaba con sorpresa. Captó dos o tres miradas de incredulidad y otras más de violenta ira.

Sin hacer caso, se acercó a la barra.

—Buenos días, se… señor.

—Cerveza.

—¿Una jarra?

—Más bien un barril, si lo tiene.

El cantinero no podía servirle un barril, claro, pero se apresuró a ponerle delante cuatro jarras que llenó una detrás de otra.

Norton sujetó por el asa la primera.

No había llegado a bebería cuando una voz dijo desde el fondo del local:

—Ignoraba que aquí se sirviera de beber a los forajidos, Guss.

Guss debía ser el dueño del local, de modo que Norton no hizo caso y se llevó a los labios el espumoso líquido.

Pero no llegó a ingerir más que un leve trago. Porque inmediatamente la misma voz dijo:

—Eh… La cosa también va con usted, amigo.

Norton dejó lentamente la jarra sobre el mostrador y se volvió.

El tipo que le hablaba iba bien vestido y exhibía claramente el revólver por un lado de su levita. Tenía unos grises bigotes y una mirada acerada. A Norton su rostro le fue vagamente familiar.

Se pasó la mano por la boca.

—¿Qué hay de malo en que me sirvan un poco de cerveza? —preguntó.

—Vaya a bebería en el abrevadero.

—Allí he dejado a mí caballo. Y mi caballo y yo tenemos la costumbre de no beber en el mismo sitio.

—Pues esta vez le va a hacer compañía.

—¿Por qué?

—Antes va a contestarme a una pregunta. Va a decirme por qué un fulano como usted está en libertad.

—Alguien depositó la fianza.

—¿Y el juez le dejó salir? ¿Es que una fianza es bastante para garantizar a un individuo de su clase?

—Si el juez lo acordó así, debe estar bien hecho… —murmuró Norton—. Y no hablemos más de ese asunto. No vale la pena, ¿no cree?

El hombre de la levita se acercó pausadamente.

Estaba ya a unos ocho pasos de él.

—Soy yo quien decide cuándo se terminan las conversaciones y

cuándo empiezan… amigo.

Norton parpadeó un momento, mientras miraba con curiosidad a aquel tipo.

—Vaya… Ahora lo recuerdo, señor Gunnar. Y sé también por qué se mete usted conmigo.

—¿Ah, sí…? ¡Qué listo…!

—Dentro de poco habrá elecciones para el cargo de *sheriff* en Fort Worth —dijo Norton, sin retirar de sus labios el cigarrillo sin encender—. Usted es seguro que aspira al puesto, Gunnar. Y se lo llevará de calle si demuestra que ha hecho morder el polvo a un tipo como yo, ¿no es cierto? Pero déjese de tonterías. Yo no me he metido con nadie hasta ahora.

La derecha de Gunnar se arqueó a muy poca distancia del revólver.

Norton fue a beber de nuevo.

La jarra que estaba junto a sus labios estalló de repente en el aire. Gunnar había tirado sin apuntar, a través de la funda. Norton se quedó solo con el asa entre los dedos.

La depositó lentamente en la barra, como si quisiera que al menos eso no se rompiese, y miró a Gunnar.

—Basta ya, ¿no cree?

—¡Entrégame tu revólver, Norton…! ¡Te llevaré a Fort Worth!

—Le he dicho que estoy en libertad bajo fianza.

—¡No te creo!

Norton hizo un signo de resignación.

Fue a enseñar la documentación que garantizaba su libertad provisional, y que llevaba en uno de los bolsillos del pantalón tejano.

Para sacarlo, tuvo que llevar la derecha, naturalmente, muy cerca del revólver.

Gunnar se crispó.

—¡Maldito…!

Fue instantáneo. Norton se dio cuenta de que iba a morir al leer en los ojos del otro la fría decisión de apretar el gatillo.

Obró instintivamente. Sus músculos se pusieron en funcionamiento casi sin que su voluntad interviniera.

Disparó una sola vez y fue más rápido que su enemigo, a pesar de que éste tenía ya una mano sobre la culata. Fue un disparo

magistral, que dejó abiertas las bocas de todos los que estaban en el saloon. Gunnar dio sobre sí mismo una vuelta increíblemente rápida, como si fuese una peonza. Luego, se derrumbó sobre una mesa, mientras de entre sus labios escapaba un hilo de sangre.

Norton volvió a llevarse una mano a la boca.

No necesitaba disparar más. Sabía que su enemigo estaba muerto.

Bebió un trago largo de la segunda jarra de cerveza, dejó medio dólar sobre la barra y musitó:

—Los desperfectos que los pague el muerto…

Y salió tranquilamente del local, dirigiéndose a su caballo, que ya había terminado de abrevar.

Le olió el aliento.

—Bravo… —dijo—. Ya veo que me has hecho caso y no has bebido *whisky*.

Montó en él y le dio una suave palmada en las ancas para que siguiera su camino.

* * *

Ése era el tipo que llegó a Albany un día después. Albany, a diferencia de otras ciudades tejanas, tenía una hermosa calle principal, con elegantes casas y amplios porches pintados de blanco. Se adivinaba que allí habitaba gente rica, gente que sabía sacarle el jugo a la vida.

Norton acarició el lomo a su caballo y avanzó por el centro de esa calle principal. Los saloons, que eran muy elegantes, parecían bastante tranquilos a aquella hora. Las bailarinas que actuaban en ellos debían ser más refinadas que en otros lugares, a juzgar por los dibujos que ilustraban los carteles de los espectáculos.

Notó que la gente le miraba con curiosidad. Debían ser bastantes los que le conocían. Y automáticamente éstos hacían un guiño extraño y se apartaban de su camino.

Norton llamó a uno.

—Eh, amigo.

El llamado trató de escabullirse.

—Déjeme, tengo prisa.

—¿Qué le pasa? ¿Va a la boda de su hijo?

—¡Voy a la boda de mi mujer!

Norton lanzó una carcajada y sujetó al hombre por el cuello de la levita, casi sosteniéndolo en el aire. El tipejo quedó quieto, poniendo cara de gato atrapado al que se sujeta por el cogote.

—No voy a hacerle daño, amigo —susurró, Norton—. Sólo quiero saber dónde vive Baxter.

—¿Baxter? Je, je…

—¿Tanta gracia le hace la pregunta?

—¡Es que a buenas horas llega usted, amigo!

Norton le soltó poco a poco y lo depositó en el suelo.

—¿Qué pasa? ¿Se ha muerto?

—No, pero está vivo de milagro. Una bala le rozó la cabeza. Estuvo un día entero sin conocimiento, y los médicos creyeron que se moría. Ahora ya está mejor.

Norton se pasó el dorso de la mano por la boca, según un gesto que parecía característico en él.

—Vaya, de modo que intentaron apiolarle. ¿Y dónde?

—En una ermita que hay cerca de aquí. Iba a casarse.

—¿Y no se casó?

—¿Cómo iba a hacerlo, si todo el mundo, hasta la novia, creyó que le habían matado?

—Pues entonces hay que dar las gracias al que hizo el disparo. ¡Le salvó de una buena!

El tipejo se ajustó la levita bien, distanciándose unos pasos de Norton para que éste no pudiera volver a sujetarle.

—Su humor de pistolero no tiene ninguna gracia, amigo —murmuró—. Y si quiere más detalles, vaya a ver al mismo Baxter. Lo encontrará en aquella casa gris de la esquina.

Norton tendió la mirada hacia allí. Era, sin duda, la mejor casa de la ciudad. Lanzó un silbido y dijo:

—Me parece una bonita jaula… Mejor incluso que la celda que yo tenía en Fort Worth. Y ahora, adiós, amigo.

El otro echó a correr apenas pudo. Norton lanzó una carcajada.

Se dirigió hacia la casa. Dos hombres parecían montar guardia en ella, en el porche. Sólo se les distinguía cuando uno llegaba muy cerca de ellos.

Uno alzó el rifle.

—¿Quién eres tú? ¿Qué quieres?

—Me llamo Norton…

—Ah, sí… Esperábamos que vinieras un día u otro. Pasa.

Norton descabalgó, amarró su caballo con una sola mano, le acarició el cuello y entró en la casa.

Ésta era más magnífica por dentro que por fuera. Se adivinaba que Baxter era uno de esos tipos que cada mañana mascan unos cuantos dólares para tener buen sabor de boca. Debía estar podrido de billetes hasta la médula.

Una linda criadita negra salió a su encuentro. Le miró de cabeza a pies y pareció quedar satisfecha de su examen. Muy contenta. Hay negras que se pirran por los blancos y blancos que prefieren las negras, pero no lo dicen.

—¿Quiere ver al señor Baxter?

—Claro que sí, chata.

—Sígame.

Le condujo a través de dos salones muy bien amueblados, yendo delante de él. La negrita se balanceaba como una tigresa. Más allá de aquellos dos salones, en una habitación casi oscura, estaba Baxter, con la cabeza vendada. Su corpulenta humanidad ocupaba el sillón por entero. Tenía cara de perro al que le han puesto un bozal a la hora de la comida.

Norton se quitó el sombrero, que hasta entonces había llevado puesto.

—Señor Baxter…

—Norton… Le esperaba…

—Celebro que no le apiolaran, señor Baxter. Me han dicho que lo pasó bastante mal.

—Y tan mal. Por unas décimas de pulgada no me dejaron seco.

—Yo he venido a darle las gracias, señor Baxter. Sé que fue usted quien dio el dinero para la fianza.

—Sí, fui yo.

—¿Puedo saber por qué lo hizo?

—Claro que sí, es natural. Yo no imaginaba que iban a balearme en aquella ermita, pero de todos modos vislumbraba el peligro. Y me dije que un tipo como usted me resultaría cien veces más interesante en libertad que en la cárcel.

—¿Cuál es la razón?

—Deseo contratarle.

—¿Para qué?

—No sé si habrá visto unos pasquines en la ciudad. Se ofrecen cinco mil dólares por la captura de Johnny Rimblay.

—Sí, claro que los he visto. Un tipo extraño ese Rimblay. Su carrera empezó hace poco, pero ha sido meteórica.

—Fue él quien intentó matarme.

—¿Por qué, señor Baxter?

—No lo sé… Si lo supiera trataría de llegar a un acuerdo con él. ¿Qué quiere? ¿Parte de mis tierras? No creo que le interesen, porque Rimblay nunca ha parecido tener ganas de convertirse en un ranchero. ¿Busca que le dé una cantidad en metálico? Si me dijera cuál es tal vez llegaríamos a un acuerdo. Pero no, no lo entiendo. Rimblay busca matarme y no sé por qué.

—Quizá alguien le paga por ese trabajo, señor Baxter.

—Puede que ésa sea la razón.

—¿Tiene muchos enemigos?

Baxter lanzó una carcajada débil y cansada, mientras le miraba con sorna.

—¿Qué millonario no los tiene? —murmuró.

Norton se pasó la lengua por los labios.

—De modo que desea contratarme…

—Sí. En el caso de que mate a Rimblay, tendrá los cinco mil que se ofrecen por su cabeza. Y además yo le daré una prima especial de otros dos mil machacantes.

Norton se pasó una mano por la boca.

—Cuente con su cabeza, señor Baxter.

—Entonces búsquelo. Búsquelo y tráigame su cadáver, No pierda ni un minuto.

Norton era precisamente de esos tipos que no pierden el tiempo.

De modo que se dirigió hacia la puerta.

Pero no había llegado a ella aún cuando la voz de Baxter le detuvo.

—Oiga.

—¿Qué hay, señor Baxter?

—Ese encargo no se lo he hecho a usted solo.

—¿Ah, no?

—En cuanto se dé una vuelta por la ciudad, encontrará a otros dos tipos que son, digamos, colegas suyos. Uno se llama Artig, el otro Rex. ¿Los ha oído nombrar?

La leve sonrisa de Norton flotó un momento en el aire.

—Claro que son colegas míos. Son un par de asesinos.

—Pues a ellos los he encontrado también. Supe que estaban cerca de la ciudad y los hice llamar. El primero que mate a Rimblay se llevará la pasta; los otros habrán trabajado de balde. Será una bonita competencia entre los tres, ¿no le parece?

Norton arrugó el ceño.

Dijo simplemente:

—Sí, señor Baxter.

Y salió.

* * *

No hacía falta andar muchos pasos para encontrar un pasquín con el dibujo representando a Rimblay. Los había por todas partes. Norton se detuvo y miró con atención el que estaba cerca de la casa de Baxter.

Extraño tipo, desde luego, aquel tal Rimblay.

Un hombre joven, y a lo que parecía por el dibujo, guapo. Con los ojos quietos y profundos y con una pequeña barbita que apenas descendía desde las comisuras de sus labios. En pocos meses había llegado ya a la cifra de cinco mil por su cabeza. Era toda una carrera.

Se rascó levemente la mandíbula y echó a andar. Más allá había otros pasquines, todos iguales. La calle estaba llena de ellos. Norton se detuvo brevemente a contemplar otro.

No veía la cara de Rimblay. Sólo veía aquella bonita cifra: cinco mil pavos para quien lo matase…

Y dos mil más de propina que le daría Baxter. Decididamente era el mejor trabajo de su vida. Con siete mil machacantes un hombre podía hacer muchas cosas, desde atizarse una borrachera que le durara dos meses hasta comprar un pedazo de tierra y convertirse en un modesto ranchero de los que llegan a prosperar.

Norton pensaba quedarse en el justo término medio: coger una borrachera descomunal y con lo que le sobrara comprarse un pedazo de tierra que le permitiera cambiar de vida.

Pensaba en eso cuando una voz femenina dijo junto a él:

—¡Huf…! Otra vez esos tipos… El olor es insoportable.

Norton se volvió y pudo ver a la muchacha que había hablado.

Era una muñeca de porcelana, una auténtica señorita de las que hacen crecer los dientes a cualquier pistolero. Tenía unas formas magníficas, aunque delicadas y suaves. Por su modo de vestir, debía pertenecer a la alta aristocracia de la ciudad. Y se movían irritadamente las aletas de su naricilla, molesta por los efluvios de algo que enseguida localizó Norton.

Era el carro en que se llevaban la paja de la cuadra pública situada cerca de allí. Era paja sucia, que verdaderamente no olía bien. Claro que aquel olor fuerte, entre agrio y silvestre a que tan acostumbrado estaba Norton, no le molestaba a él. Pero comprendía que irritase a una muñeca como aquélla, que debía estar acostumbrada a moverse exclusivamente entre perfumes y sedas.

Murmuró:

—Eso se remedia enseguida, señorita.

Dos tacos de madera tras las dos ruedas traseras impedían que el carro se deslizara hacia atrás, por la suave pendiente de la calle. Norton sacó el revólver y disparó instantáneamente, sin apuntar. Los dos tacos, primero uno y luego otro, volaron por los aires. Las ruedas empezaron a girar hacia atrás, movidas por el suave desnivel de la calle. El carro ganó velocidad, y fue a detenerse, sin volcar, a la salida de la ciudad, donde comenzaba un leve repecho.

La hermosa muchacha contempló parpadeando a Norton, como si no estuviera segura de haber visto bien.

Norton guardó el revólver.

—Espero que, desde tan lejos, el olor no le moleste ya, señorita.

—Me llamo Ann.

—Encantado, señorita Ann —dijo él, alzándose un poco el sombrero—. Yo no me presento por una sencilla razón: Más vale que no me conozca.

Ella sonrió.

Tenía una sonrisa distinguida, delicada y suave. —Es lo que aquí llamamos un pistolero profesional.

—Algo así.

—¿Para quién trabaja?

—Pues… pues por ahora estoy en tratos con el señor Baxter.

—Si no llega a un acuerdo con él, venga a ver a mi padre. Él es el más rico de la comarca, después del señor Baxter. De vez en cuando necesita contratar a hombres como usted.

—Lo tendré en cuenta, Ann.

Cuando ella se alejaba, Norton la miró a placer. ¡Diablos, qué curvas! ¡Y qué sensación de distinción daba! ¡Qué muñeca…!

Alguien dijo entonces a su lado:

—No la mires, Norton. No es para ti.

Norton se volvió.

El que hablaba era Artig, al que hubiera conocido incluso entre las tinieblas del infierno. Artig, alto y delgado, tenía una mirada de halcón que helaba la sangre. Verdadero profesional del gatillo, no se alquilaba para ningún trabajo que no le reportara al menos un beneficio de mil dólares.

—Su padre tiene mucha pasta —continuó Artig. No te podrás casar con ella, de modo que olvídala.

—Procuraré seguir tu consejo. Pero al menos mirarla sí que puedo, ¿no?

—Si dejas que tu imaginación se encandile, peor para ti. Y ahora entra. Te invito a un trago.

El saloon desde cuya puerta le hablaba Artig era uno de los mejores de Albany. La barra era de caoba limpia y reluciente. El suelo no era de tablas, sino de mármol. Las chicas alegres que se movían por allí demostraban al visitante que en aquella parte de Texas, con un poco de pasta, se podía vivir muy bien.

Apoyado en la barra también había otro tipo. Se trataba de Rex. Nadie se había atrevido a acercarse allí. El resto de los clientes estaban lejos, al fondo del local.

Rex murmuró:

—¡Vaya suerte…! Pero si está aquí Norton…

Norton se apoyó en la barra, a no mucha distancia. Tenía detrás a Artig. Su mano derecha, aunque no estaba cerca del revólver, tenía esa tensión de los resortes que están a punto de dispararse de pronto.

Rex le invitó:

—¿Quieres beber?

—No tengo sed ahora.

—Bueno, peor para ti… Hemos de decirte una cosa.

—¿Qué es?

—Abandona la partida, muchacho.

—¿Qué partida?

—No te hagas el distraído. Baxter te ha hecho un encarguito, ¿no? Como a nosotros.

—En efecto.

—Pues olvídalo.

—¿Por qué?

—El amigo Artig y yo hemos hecho un pacto. Los dos cazaremos a Rimblay y nos repartiremos el dinero. Un trabajo conjunto, ¿sabes? Y tú no tienes nada que hacer aquí. De modo que lárgate.

—¿Y si no me voy?

Artig rió secamente.

—Cualquiera puede tener un accidente de trabajo, amigo. Me sabría muy mal que te encontraras con una bala por sorpresa.

Norton lo comprendió. Claro que lo entendió…

—De todos modos me quedaré —dijo—. Los siete mil me interesan mucho, los necesito una barbaridad. Y ahora os deseo buena suerte, muchachos. Espero que la pasta se la lleve el que tenga más vista.

Se dirigió hacia la puerta.

Los otros dos habían clavado en él unas miradas inexpresivas, lejanas, como si le hubieran olvidado ya.

Pero Norton sabía que no era así.

Se volvió de repente, con la rapidez de una peonza, cuando aún no había llegado a la puerta.

Su derecha vomitó plomo, como si en vez de salir del «Colt» las balas salieran de sus propios dedos. El revólver que ya empuñaba Artig saltó hecho pedazos y algunas esquirlas de metal llegaron a depositarse en la barra.

En cuanto a Rex, que ya tenía la mano en el «Colt», no se atrevió ni a sacarlo.

Sus facciones habían quedado lívidas.

Llevaba muchos años viendo disparar, puesto que podía decirse que había nacido chupando el cañón de un «Colt». Pero en su memoria había muy pocos hombres que pudieran hacer lo que había hecho Norton.

Éste susurró:

—Ha sido un aviso, solamente un aviso, No tratéis de jugar conmigo. Si alguien quiere jaleo, lo encontrará. Y la próxima vez será al borde de una tumba.

Los dos pistoleros quedaron quietos.

Artig improvisó una sonrisa estúpida, mientras miraba su mano vacía.

—Se trataba de una broma —balbució—. Queríamos saber cómo estabas de forma.

—Ando muy bien.

—Ya… ya lo vemos.

Y los dos rieron a la vez, como si aquella situación tuviera la mar de gracia.

Norton no dijo una palabra más. Salió.

Inmediatamente los dos pistoleros, Artig y Rex, quedaron más serios que dos momias.

Norton, en la calle, se secó las gotitas de sudor que habían perlado su frente. Había estado a punto de no llegar a tiempo, de fallar aquel disparo.

Pero sólo él lo sabía.

CAPÍTULO III

Encontrar a Rimblay era muy difícil y muy fácil, según como se mirase. Todo consistía en adivinar sus movimientos.

Era evidente que quería matar a Baxter, y que si falló una vez lo intentaría otra. Por tanto todo consistía en no alejarse demasiado de Baxter ni de la ciudad de Albany. Tarde o temprano, el pistolero cuya cabeza valía cinco mil dólares aparecería por allí.

Lo malo era que Rimblay también tenía su astucia.

No se dejaba ver por ninguna parte.

De una manera instintiva se adivinaba que estaba por allí, que no podía andar lejos, pero no se dejaba ver de ningún modo.

Norton merodeó incansablemente por los alrededores de la ciudad. Buscaba alguna huella, alguna pista. Y al mismo tiempo tenía buen cuidado de no descuidar su espalda, pues estaba seguro de que tanto Artig como Rex tratarían de repetir su golpe, a fin de eliminarle y quitarle la oportunidad de ganar siete mil dólares.

Durante dos días, nada ocurrió.

Norton no paraba un momento, pues estaba continuamente a caballo, pero aun así aquello se le hacía aburrido. Estaba habituado a actuar de otro modo; a tener al enemigo de cara y a enviarlo al otro barrio si las cosas se ponían «duras».

Por fin creyó encontrar una pista.

Un hombre que correspondía más o menos a las señas de Rimblay había sido visto a no mucha distancia de allí, en un antiguo campo petrolífero abandonado. Resultaba una buena guarida para un forajido, de modo que lo más probable era que se tratase de él.

Norton pensó que ya tenía su oportunidad.

No la dejaría escapar. Se presentaría en el viejo campo

petrolífero sin que el otro lo sospechara.

El tren recién inaugurado, que iba hasta Dallas, pasaba cerca de allí. Decidió emplearlo.

Aquella noche dejó su caballo en la cuadra pública, se largó al hotel y se asomó un largo rato por la ventana, en camiseta y bostezando, como el que se dispone a dormirse.

Artig y Rex le miraban desde abajo.

—¿Qué hace ese tipo?

—Nada. Por esta noche no se mueve ya. Se va a dormir.

Los dos cuchicheaban en el porche frontero, desde donde le habían estado vigilando.

Norton bostezó de nuevo estentóreamente, cerró la ventana y apagó la luz.

Los dos pistoleros decidieron ir un rato al saloon. Por aquella noche ya no tenían nada que hacer.

—Si está ahí, es que no hay pistas de ese maldito Rimblay —dijo Artig.

—De todos modos vigilaremos el hotel toda la noche, turnándonos. No podemos correr el riesgo de que ese tipo dé con una pista antes que nosotros.

—¿Y cómo va a encontrar una pista? ¿Durmiendo?

—Es un buen rastreador. Precisamente si le vigilamos es porque sabemos que acabará encontrando algo. Y entonces intervendremos nosotros. Norton ojea la pieza y nosotros la cazamos. ¿No es eso?

Y los dos rieron, mientras brindaban por el éxito con una botella de *whisky*.

Cuando volvieron al porche frontero al hotel, media hora más tarde, todo estaba igual. Por la ventana del cuarto de Norton, cerrada, no se filtraba ni un resquicio de luz.

Estaban bien lejos de imaginar que Norton había salido ya por la puerta trasera del establecimiento. Y que en estos instantes se dirigía a la cercana estación del ferrocarril, no llevando más equipaje que un rifle y un revólver.

El tren correo pasaba cerca de la medianoche. Paraba en Albany dos minutos y luego seguía hacia Dallas. Se detuvo con un largo chirrido de ruedas mal engrasadas, mientras algunos pasajeros somnolientos asomaban las cabezas por las ventanillas.

El único viajero que iba a subir era Norton. Llevaba billete hasta

Dallas.

Se quedó en el último vagón, en la pequeña terraza posterior. La noche era negra como una ruta inexplorada. El ferrocarril, símbolo del progreso en el Oeste, lanzaba continuos pitidos que hacían estremecer las sombras.

Norton no llegó hasta Dallas.

Cuando pasaban a poca distancia de los pozos petrolíferos abandonados, saltó del vagón y dio un par de vueltas de campana por el terraplén contiguo a la vía.

No sufrió el menor daño. Estaba acostumbrado a aquella clase de volteretas.

Avanzó sigilosamente hacia el antiguo campo de petróleo. Llevaba dos años abandonado, porque de los pozos ya sólo se sacaba agua salada. Pero aún continuaban las torres, que el viento hacía gemir, y algunas máquinas que ya no servían para nada. Un día de tormenta todo aquello se iría al diablo, pero por el momento aún seguía aguantando.

Norton no intentó nada.

Tenía que esperar a que hubiera luz, por si era cierto lo que le habían dicho.

Se tumbó entre unos maderos, en la base de una de las torres, y esperó. La noche era quieta y silenciosa, y las sombras le envolvían por completo. Sin darse cuenta cerró los ojos y quedó dormido.

Le despertó una cierta sensación de luz que hería sus ojos. Los abrió del todo y vio que estaba amaneciendo.

Pero también le despertó algo más, algo que le hizo incorporarse de golpe: fue la bala que le enviaron a la cabeza desde lo alto de la torre.

El plomo le rozó la frente y se empotró en las maderas que le habían servido de almohada, después de emitir un largo aullido.

Era una manera muy original de darle los buenos días.

Norton echó mano al «Colt», aunque temió llegar demasiado tarde.

¡Había estado durmiendo debajo de su enemigo! ¡A los pies de un tipo que vigilaba desde la torre!

El otro disparó de nuevo. La bala le arrancó materialmente cabellos de la cabeza.

Norton, pegado ahora al suelo como un gato panza arriba, envió

dos balas hacia su enemigo. Éste se hallaba protegido por las tablas del andamiaje, y los plomos se perdieron en el aire tras silbar lúgubremente. Los dos hombres saltaron entonces, buscando una mejor posición para el tiro.

Norton no sabía si su enemigo era Rimblay o no. En todo caso no cabía duda de que se trataba de un tipo que quería darle el pasaporte para el otro barrio.

Una nueva bala le hizo tumbarse materialmente catre los maderos. Trató de sujetar el rifle, porque supuso que con aquella arma batiría mejor a su enemigo.

De repente el rifle pareció animado de vida propia. Se puso a danzar como un loco. Cuando se inmovilizó, las balas disparadas desde lo alto lo habían partido por la mitad.

Norton alzó la mano vivamente, como si hubiera estado a punto de tocar una serpiente de cascabel.

Lo hizo a tiempo, porque un nuevo proyectil pasó materialmente entre sus dedos. Y tuvo que lanzarse de cabeza a tierra para evitar la próxima andanada.

Ésta picoteó las maderas. Su enemigo disparaba ahora con un segundo revólver. Pero se había descuidado, creyendo tenerlo seguro. Había sacado medio cuerpo por encima de su refugio.

Con Norton no se podían tener esa clase de distracciones. A él le sobraba medio segundo para despachar a un hombre.

Dio la sensación de que no apuntaba. Hizo dos disparos, apuntando hacia arriba.

El silbido de las balas se confundió con el grito agónico de su enemigo al caer.

Al desplomarse al pie de la torre, levantó una nube de polvo.

Norton corrió hacia él. Sabía que estaba muerto, pues aunque las balas no le hubieran liquidado, la caída había sido mortal. Pero deseaba saber si era Rimblay o no.

Le dio la vuelta con el pie, para enfrentarse a un rostro cubierto de sangre.

Era el de un desconocido. Ningún parecido con Rimblay.

Norton fue a lanzar una imprecación, y de pronto escuchó aquella voz a su espalda.

No era un aviso, sino una despedida.

El tipo que estaba tras él susurró:

—Adiós, Norton.

El joven se arrojó a tierra con la rapidez de un áspid.

Disparó fulminantemente, por debajo de su cuerpo, batiendo su propio récord de rapidez. Su enemigo sintió una sorpresa brutal, que ya fue unida a la propia sensación de la muerte. Nunca había visto a nadie disparar de aquel modo. Y lo peor era que nunca volvería a verlo.

Se desplomó, disparando inútilmente otra vez. La bala se empotró en el suelo.

Norton se pasó una mano por la boca, mientras se incorporaba lentamente.

Se le había helado la sangre. Aún no podía creer que estuviera vivo.

Su segundo enemigo agonizaba. Tenía el revólver aún al alcance de la mano, pero le faltaban fuerzas para sujetarlo. Norton se acercó lentamente a él.

A éste lo conocía.

Era Bingam, un pistolero profesional que jamás había matado a nadie de cara. En cambio, y paradójicamente, era un tipo desprendido, que nunca tenía nada suyo. El producto de sus robos se le iba en un santiamén, porque prácticamente regalaba el dinero. Había él pagado más rondas en los saloons que todos los taberneros del Oeste juntos.

Norton arqueó una ceja.

A pesar de que Bingam había tratado de matarle por la espalda, como era su costumbre, no le guardaba rencor.

Se inclinó sobre él.

—Bingam…

El pistolero alzó la cabeza. Un hilo de sangre surgía por las comisuras de sus labios. Norton adivinó enseguida que aquel hombre iba a morir. Hay expresiones del rostro, hay contorsiones del cuerpo humano que nunca engañan.

Y sin embargo, los ojos de Bingam despedían una mirada que parecía burlona.

—Sospechaba… que vendrías… Norton.

—¿Por eso me estabais esperando?

—Te habíamos tendido una trampa.

—Pero yo no iba a ser tan tonto como para llegar de día. Debías

haber comprendido que vendría de noche y sin traer caballo.

—De todos modos has estado a punto de… de caer…

Norton se pasó una mano por la boca.

—Sí, eso es cierto. No sospechaba que tu compinche estuviera arriba. ¿Pero por qué todo esto? ¿Qué tenéis contra mí?

—Tú persigues a… a Rimblay.

—Ujú.

—Y lo haces por dinero.

—Claro, muchacho…

—Siete mil machacantes… tiran mucho… ¿verdad?

—Y que lo digas, muchacho. El sonido que hacen setenta crujientes billetes de a cien es la música más bonita que he escuchado.

Bingam tosió. Se estaba yendo por momentos. Norton se acercó más, arrodillándose junto a él.

—Dime una cosa, Bingam. Ahora no tendrás inconveniente. ¿Rimblay ha estado aquí?

El otro asintió débilmente, casi sin fuerzas para hablar.

—¿Y por qué lo defiendes? —musitó Norton—. ¿Por qué tu amigo y tú os habéis liado en esto?

Bingam no contestó.

Aún, en el fondo de su agonía, le seguía mirando burlonamente.

—¿Por dinero? —insistió Norton—. ¿Os ha pagado para que le cubrierais la retirada?

—No…

—¿Pues entonces por qué? ¡Habla, Bingam! ¿Por qué?

Bingam dijo apenas con un soplo de voz:

—Porque soy un romántico…

Y echó la cabeza a un lado, hundidas sus últimas energías. Norton le miró al fondo de los ojos vidriosos, donde no había expresión alguna. Bingam ya no volvería a matar a nadie por la espalda ni volvería a pagar rondas en todos los saloons del Oeste. Bingam estaba muerto.

¿Pero cuál había sido el móvil de aquella aventura? ¿Por qué se había metido en aquello? ¿Porque era un romántico, como acababa de decir?

¿Y qué sentido tenía eso?

Norton permaneció pensativo varios minutos, mientras el más

espantoso silencio le rodeaba.

Luego se puso en pie. Tenía que enterrar a aquellos dos hombres. No iba a dejar que los buitres los devorasen junto a las carcomidas torres de madera.

Sobraban por allí herramientas para abrir una fosa. Tomó una pala y empezó a trabajar en la parte donde la tierra le pareció más blanda. Media hora después podía enterrar ambos cuerpos juntos.

Pero antes los registró, por si llevaban algo que le interesase. Entre los dos reunían cien dólares, lo cual, desde luego, le interesó. Y en la ropa de Bingam halló también la factura de un hotel de la pequeña ciudad de Ranger, en el condado de Stephens. Aquello no tenía nada de particular, porque debía ser el sitio donde Bingam y su amigo habían pasado la última noche. Pero lo curioso era que no se trataba de la factura de una habitación, sino de dos. Una con dos camas y otra con tres, según rezaba muy detalladamente el papelito.

Norton se pasó otra vez, pensativamente, la mano por la boca.

¿Por qué Bingam había necesitado tantas camas? A él y su compinche les bastaba con una habitación de dos. ¿Por qué había pagado la otra, donde cabían tres personas?

De pronto los nudillos de Norton crujieron.

¿Sería Rimblay una de esas tres personas? ¿Habría tenido Bingam la cortesía de pagarle el hotel en Ranger?

Era una pista y había que comprobarla. De modo que fue a pie hasta la población de Cisco, en el condado de Eastland, y que no estaba lejos de allí. En Cisco alquiló un caballo.

Por la noche estaba en Ranger. La ciudad le pareció silenciosa y tranquila. Como una ciudad de muerte.

Capítulo IV

El hotel que figuraba en aquella factura tenía un nombre muy estimulante. Se llamaba Las Noches Alegres.

Norton lo miró desde fuera. A las diez de la noche tenía ya un aspecto apacible y acogedor. Un quinqué verde brillaba en el interior, junto a la cabeza del conserje. Norton rodeó el edificio y se dio cuenta de que tenía tres puertas, una delantera y dos posteriores, de modo que era muy apto para la huida.

No le convenía entrar allí sin informarse un poco antes. De modo que se dirigió al saloon más cercano, el cual estaba más silencioso de lo que era normal a aquella hora. Sólo el piano sonaba en sordina más allá de los batientes. Una chica rubia se ajustaba una media junto a la barra. El camarero la miraba extasiado, mientras iba dejando caer sin darse cuenta chorros y más chorros de *whisky* sobre un vaso que ya había llenado diez veces.

Por lo demás había sólo una docena de clientes, la mayor parte de ellos jugando a las cartas. Norton los examinó desde la puerta y le pareció no conocer a nadie. Tampoco debían conocerle a él, porque, después de mirarle, todo el mundo continuó con lo suyo.

Norton se acodó en la barra y pidió cerveza. Volvía a tener sed. Le sirvieron una gran jarra de líquido espumoso y que estaba aceptablemente frío.

La chica había dejado de tensarse la media.

Ahora iba de un lado para otro, procurando que los clientes se fijaran en ella. Pero las partidas debían ser muy emocionantes, porque nadie la miraba, o como máximo le hacían alguna seña para que esperase.

Norton susurró mirando al camarero:

—No parece que esa chica tenga su noche.

—No. Y eso que es la más bonita que hay por aquí.

—¿La más bonita?

—Esto no está demasiado bien de chicas, amigo. Si busca usted alguna, más valdrá que procure llegarse hasta Dallas.

—No, no busco a una chica, sino a un hombre.

Y dejó un dólar sobre la barra.

El camarero tendió una zarpa pequeña y flácida y lo hizo desaparecer.

—¿Cómo se llama?

—Johnny Rimblay.

—Johnny… Rimblay… Vaya, bonito nombre. No, no sé absolutamente nada de él.

Norton dejó caer otra moneda.

—Bueno, tal vez haya conocido a alguien llamado Johnny… —insinuó el camarero, tendiendo otra vez la zarpa.

—¿Está en un hotel cerca de aquí?

—Deje que haga memoria…

Norton iba a sacar otro dólar cuando alguien dijo junto a él, casi a su oído:

—¿Para qué gastar tanto dinero? Yo puedo informarle desinteresadamente…

Norton volvió apenas la cabeza.

Vio a aquel individuo más bien bajito, con cara de reptil, de ojillos crueles y duros. En el primer momento le resultó ya vagamente conocido, pero no estaba seguro de nada.

—¿Usted? —susurró—. ¿Desinteresadamente?

—Desinteresadamente…

Norton miró el revólver que tenía clavado en las costillas, al nivel de la barra, y que ya había notado desde que el tipejo le dijo la primera palabra.

Es usted un tipo demasiado amable —dijo—. ¿Por qué se toma tanto interés?

—Pague y acompáñeme.

Norton se encogió de hombros y depositó sobre la barra el dólar que ya había estado a punto de sacar antes.

—Por la cerveza —dijo—. Y la propina.

El camarero dijo:

—Gracias.

Tenía un «bote» que consistía en la calavera del primer individuo que murió baleado en aquel saloon, dos años atrás.

Norton se dirigió hacia la puerta, donde le indicaba el otro. Pensó que el pequeñajo con cara de víbora había cometido una imprudencia. En cuanto estuvieran solos y en un lugar tranquilo, se lo iba a cargar sin darle tiempo para respirar siquiera.

Pero al llegar a la puerta se convenció de que el pequeñajo no era tonto. Allí aguardaban tres individuos más. Y los tres hacían que sus armas brillaran en la penumbra del porche. Los tres llevaban excelentes revólveres «Smith and Wesson».

Norton balbució:

—Vaya… Por lo visto el drama no tenía un acto, sino dos. Y estaba bien ensayado.

—Tenemos que hablar contigo. Y sin dilaciones.

Norton se encogió de hombros.

—Bueno, si sólo se trata de hablar…

—Vamos a aquella casa.

Lo que le indicaban no era una casa en realidad. Se trataba de una cuadra semiderruida que ya no funcionaba. Un buen sitio para liquidarle, aunque Norton pensaba que ése no era el propósito inmediato de sus enemigos, porque de lo contrario ya hubieran podido disparar antes.

Fue hacia allí.

En el silencio de la cuadra, los cuatro le rodearon sin dejar de apuntarle.

—Tú estabas preguntando por Johnny Rimblay… —murmuró el pequeñajo.

—Eso no puedo negarlo.

—Pero yo me huelo otra cosa. Tú estabas preguntando para asegurarte. En realidad tienes ya una idea de dónde está.

—¿Y eso qué os importa? ¿Es que estáis de su lado?

El pequeñajo chascó dos dedos.

—Todo lo contrario.

—Ah…

Ahora el que chascó dos dedos fue Norton. Empezaba a recordar.

—Tú eres Pinker —dijo—. Vives de atrapar a los forajidos por los que ofrecen recompensas, pero siempre has sido un cazador de segunda fila. Lo más importante que has hecho en tu vida ha sido

atrapar un bandido de quinientos dólares y encima cuando estaba dormido. Y ahora se te ha metido entre ceja y ceja capturar a Rimblay, ¿no? Pero Rimblay es un hueso demasiado duro para tus pobres colmillos.

Pinker asintió.

Tira muy bien, y dicen que es implacable. A mí sólo me hubiera matado enseguida.

—Y por eso te has reunido con otras tres ratas tan hambrientas como tú.

Uno de los pistoleros mascullό:

—Oye… ¿es que vamos a consentir que nos insulte?

—No son insultos, sino verdades —mascullό Norton, cada vez más seguro del terreno que pisaba—. Cada uno de vosotros aisladamente no resistiría ni un salivazo de Rimblay. Pero juntos pensáis hacer alguna cosa, ¿no es así?

Pinker asintió.

—Cierto. Hemos formado una especie de sociedad para realizar ese trabajo.

—Y tenéis un problema. No estáis seguros de dónde se encuentra Rimblay.

—No, aunque sabemos que anda cerca.

—¿Y por qué imagináis que yo lo sé?

—Tú eres un rastreador —dijo Pinker—. Se rumorea por ahí que Baxter te ha ofrecido siete mil. Te los ha ofrecido en Albany, y Albany no está cerca. Si has venido hasta aquí es porque te hueles algo.

—¿Y qué, si así fuera?

—Siete mil machacantes son demasiados para un hombre solo.

Una sonrisa lejana comenzó a flotar en los labios de Norton.

—Sí, ¿eh? ¿Cuál es vuestra proposición?

Tú nos dices dónde está Johnny y nosotros te ayudamos a acabar con él. A la hora de cobrar la recompensa, habrá dos mil dólares para mí y mil para cada uno de esos tres, es decir cinco. Tú te quedas con otros dos mil pavos sin haber hecho apenas nada. Es un buen trato.

—Pero yo puedo acabar con Rimblay sólito. Y tengo las manos lo bastante grandes para que en ellas quepan siete mil machacantes, aunque sean en calderilla. ¿Qué pasa si no acepto vuestra generosa

oferta?

Pinker emitió una risita sibilina, mientras alzaba un poco el revólver.

—Me temo que no estás en situación de discutir, amigo. Tú vas a aceptar gustosamente y encima nos vas a dar las gracias.

Norton se encogió de hombros. La sonrisa lejana no se había borrado de sus labios.

Pensó que, en efecto, no tenía más remedio que aceptar. Pero eso era de momento. Luego, a la hora de cobrar la recompensa, ya vería el modo de librarse de todos aquellos tipos. No ocuparían demasiado sitio, si los apilaba bien en una tumba.

—De acuerdo, acepto —dijo—, pero tendréis que permitir que conserve mi revólver.

—Por descontado. Lo tendrás hasta que hayamos matado a Johnny. Luego… ya veremos.

—Muy bien. Rimblay está en el hotel Las Alegres Noches. Mejor dicho, supongo que aún está allí. Por eso preguntaba en el saloon, para asegurarme.

—¿Sabes en qué habitación?

—No, de eso no tengo idea.

Preguntarás al conserje de noche. Cuando vea un revólver ante las narices se le soltará la lengua.

—De acuerdo. Vamos allá.

Los cinco hombres salieron de la vieja cuadra. Norton hizo una seña para que no fueran todos en bloque, a fin de no llamar tanto la atención. Se dirigieron al hotel, en cuyo interior seguía brillando la lucecita verde.

Pinker se había pegado a Norton. Le apuntaba disimuladamente a través de la funda. Los otros tres se mantenían a una prudente distancia.

El conserje les vio entrar.

—Buenas noches, señores.

Pinker, que era un tío primario y que iba siempre a lo directo, le clavó el cañón del revólver en las mismísimas narices.

—Queremos unos informes, amigo. Una información amable y desinteresada.

—Si… si quieren saber… cuánto dinero… hay en caja… les aseguro que… que…

—No se trata de eso, compadre. No es un atraco. Queremos saber dónde está Johnny Rimblay.

—¿Johnny Rimblay? No conozco a ese hombre.

—Es muy posible que haya venido aquí llamándose de otra manera. Pero es alto y bastante bien parecido. Lleva una pequeña barba que apenas le cubre la mandíbula.

El conserje de noche tamborileó los dedos sobre el comptoir.

No estoy seguro —dijo—. Yo sólo trabajo aquí a partir de las nueve de la noche, y si llegó de día…

—Quizá esté en una habitación con tres camas —se aventuró a decir Norton.

—Una habitación con tres camas… Ah, sí… Entonces debe ser el que se presentó aquí como señor Simmons. Más o menos es un tipo como ustedes dicen. Pero ya no le recordaba porque apenas sale de su habitación.

—¿Cuál es? Hala, escupa el numerito.

—La once. Primer piso.

Pinker miró a Norton.

—¿Vamos?

—Espera. Hay que organizar un plan.

—No irán a liquidar al señor Simmons… —balbució el conserje, abriendo unos ojos como platos.

—Calla, batracio —masculló Norton—. ¿A ti qué te importa? Tengo pruebas de que la habitación ya está pagada por adelantado, de modo que no vais a perder el dinero. Chitón.

El conserje tragó saliva y se calló.

Norton indicó a Pinker:

—Yo iré por la escalera. Tú y otro hombre cubrís las dos puertas posteriores del edificio. Los dos restantes que suban al tejado y vigilen desde allí.

—Que te crees tú eso —balbució el pequeñajo—. Yo no me separo de ti aunque me arranquen la piel.

No te fías, ¿eh?

—Claro que no me fío. Vas a cobrar dos mil. Si Rimblay te ofrece tres mil eres capaz de dejarle escapar.

Norton lanzó una carcajada.

—¿Cómo lo has adivinado?

—No tienes ni pizca de gracia —farfulló Pinker—. Yo iré

contigo. Un solo hombre guardará las dos puertas posteriores. Los otros vigilarán desde el tejado.

—Conforme. ¡Qué remedio…!

Los tres pistoleros ya estaban en el vestíbulo del hotel, esperando órdenes. Habían entrado separadamente para no llamar tanto la atención. Pinker les dijo en breves palabras lo que tenían que hacer.

Dos de ellos subieron al tejado en silencio, empleando la techumbre de la cuadra del hotel. Otro se fue a la parte posterior. Norton y Pinker se dirigieron a la escalera, con lo cual copaban también toda posible huida por la parte frontal del edificio.

La habitación número once era la última del pasillo del primer piso. No había más pisos encima. El silencio era total, sólo roto a intervalos por el levísimo crujido que producían las botas de los dos hombres situados en el tejado.

Norton susurró:

—Ahora…

Había que atrapar a Rimblay dormido, a ser posible.

Si no le sorprendían, allí habría más de un muerto, y lo peor era que la víctima podía ser él.

De modo que no perdió tiempo tanteando el pomo, cosa que podía ser notada desde el interior. Tomó impulso y lanzó sus noventa kilos de músculos contra la hoja de madera. La puerta se hizo astillas en un santiamén. Resistió mucho menos de lo que él pensaba.

De pronto se encontró dando vueltas en el aire. Había tomado tanto impulso, que se fue al otro lado de la habitación. Curiosamente, fue eso lo que le salvó.

El que ocupaba aquel cuarto les estaba esperando ya. Era alto y vestía de negro. Toda la fama de Rimblay, que nunca había sido tonto, se vio confirmada en aquel instante. Norton estaba seguro de que lo habían hecho todo bien, de que no habían causado el menor ruido. Y sin embargo, Johnny Rimblay ya les estaba esperando.

Disparó dos veces.

Norton sintió que la primera bala le dibujaba un leve surco en la mejilla. De no ser por la velocidad con que venía embalado, y que le hacía dar vueltas de cualquier manera, la bala le hubiera atravesado la cabeza.

La segunda fue para Pinker. Y a éste le salvó curiosamente su propio miedo. Se había lanzado al suelo chillando como una rata asustada. El proyectil pasó por encima.

El ocupante de la habitación se dio cuenta de que acababa de fallar los dos disparos. Todo estaba ocurriendo con tanta rapidez que resultaba imposible darse cuenta con precisión de los detalles. Entonces optó por lo más prudente, que era escapar.

Demostró tener una agilidad nada común. Una agilidad digna de un tigre.

Apenas unos segundos después estaba en la ventana, que se hallaba abierta. Fue como un parpadeo. Cuando Norton y Pinker se dieron cuenta, ya había desaparecido en dirección al tejado.

Pese a aquella rapidez, quizá Norton hubiera podido disparar, pues él era muy veloz, con el revólver y le bastaba con tener al enemigo delante unas décimas de segundo. Sin embargo, esta vez no se dio prisa. Al fin y al cabo, ¿para qué? Johnny Rimblay había caído en la trampa. Su historia estaba liquidada. Arriba, en el tejado, le esperaban dos hombres dispuestos a disparar.

Pinker se asomó por la ventana con la rapidez de un reptil.

Vio la figura negra del fugitivo medio colgada del borde del tejado. El no disparó porque tenía un ángulo difícil de tiro, y porque además no valía la pena. Vio perfectamente las siluetas de sus dos hombres, uno a cada lado. Apuntaban al fugitivo a poca distancia y ya sólo les faltaba apretar el gatillo. Johnny se había transformado en un cadáver.

Masculló:

—¡Fuego, muchachos! ¡Fuegoooo…!

Se oyeron dos detonaciones.

Pero no eran de revólver, sino de rifle. Y de dos rifles distintos además. Pinker, que a falta de otras virtudes tenía un oído de liebre, captó perfectamente la diferencia entre las dos detonaciones. Y lanzó un grito al ver lo que sucedía a continuación.

Sus dos hombres habían recibido un obsequio: tenían cada uno una bala clavada en mitad de la frente.

Sin exhalar un gemido, sin darse cuenta de lo que sucedía, los dos se derrumbaron del tejado abajo. Pinker tuvo que apartarse de la ventana porque uno de ellos, al caer, por poco les desnuca.

Norton también había visto aquello.

Estaba atónito. Pese a su proverbial rapidez de reflejos, esta vez tardó unos segundos en reaccionar.

No sólo les esperaba Johnny, sino sus dos compañeros. Los que ocupaban las otras dos camas, que ahora se veía claramente que estaban deshechas, como si alguien hubiera dormido allí hasta poco antes.

Norton creyó estar preparando una trampa y ahora resultaba que eran ellos los que estaban cazados.

Se oían los pasos por el tejado. La carrera del fugitivo que se dirigía hacia la parte posterior del hotel.

Pinker balbució:

—¡Richard lo matará! ¡Está vigilando atrás!

En efecto, apenas unos segundos más tarde se oía un disparo. Un disparo y un alarido.

Pero Pinker conocía perfectamente aquella voz. La palidez que cubrió sus facciones fue la de un hombre muerto.

—El que ha gritado es Richard… —balbució—. Resulta que es Rimblay el que… el que le ha dado…

Norton sonrió secamente.

La verdad es que todo estaba saliendo mal, pero él sabía admirar a un enemigo astuto, y que vendía cara su piel. Aquel maldito de Johnny se las sabía todas. Atraparle sería más divertido de lo que él imaginó al principio.

La excitación de la pelea le dominaba. Ya ni siquiera se acordaba de los siete mil dólares.

—Ahora estamos como quien dice acorralados… —balbució Pinker—. ¡Maldita sea! ¿Qué hacemos?

—Depende —murmuró Norton.

—¿Depende de qué?

—De si te retiras de este negocio y me dejas a mí en libertad de obrar a mí modo.

—¡No, no me retiro! —mascullό Pinker—. ¡Ahora todos han muerto! ¡Ahora serán cinco mil para mí y dos mil para ti!

—¿Sí, eh? ¿Pero crees de verdad, idiota, que vamos a atrapar a ese hombre tan fácilmente?

—¡Lo intentaremos otra vez! ¡Al fin conseguiremos esos siete mil dólares! ¡Nuestra sociedad no se ha disuelto!

Norton entrecerró los ojos un momento.

Luego movió la mano derecha.

Fue todo muy rápido, tan rápido que casi resultó imposible seguirlo con la mirada.

A consecuencia del golpe, Pinker quedó sin sentido, con la boca abierta.

—Nuestra sociedad ya no existe —murmuró Norton—. Acaba de disolverse por indisposición repentina de uno de los socios.

En aquel momento alguien más apareció en el umbral. Norton lo reconoció por su calva. Era el conserje de noche, cuya mandíbula temblaba espasmódicamente.

—¿Qué… qué ha ocurrido… aquí? ¿Han… atrapado a Rimblay?

—Me temo que su hotel está rodeado de muertos —dijo Norton —, y total para nada. No, no hemos atrapado a Rimblay. Aunque quizá un pequeño registro de todo esto me sirva para encontrar otra pista.

Abrió bruscamente uno de los dos armarios que había en la habitación. Lo hizo con el gesto desanimado del que no espera encontrar nada importante.

Pero de pronto su boca se abrió con gesto de indecible sorpresa… Y sus labios musitaron, casi sin fuerzas:

—¡Dios santo…!

CAPÍTULO V

Norton, a lo largo de su vida de aventuras, se había encontrado más de una vez con cadáveres en los armarios. Había tenido en este aspecto sorpresas de las que no se pueden ni explicar.

Pero ninguna llegó a la intensidad de ésta. Porque ahora se había quedado completamente atónito.

Y, sin embargo, no había ningún muerto en aquel armario. No, no había allí nada macabro, sino al contrario. Porque lo que vieron los ojos de Norton fue un hermoso conjunto de vestidos de mujer.

Se pasó una mano por la boca.

Por un momento creyó haber visto mal. Pensó incluso que aquellos vestidos eran de una huésped anterior, que los había dejado olvidados en el armario.

Pero vio que el conserje denegaba con la cabeza.

—Ahora he recordado algunas cosas —dijo el de la calva—. Hay un detalle curioso que se refiere al falso señor Simmons.

—Y supongo que tiene mucho que ver con estos vestidos.

—Rimblay vino con dos señoras. ¡Y qué señoras!

Norton no sabía qué pensar. Se pasó otra vez la mano por la boca.

Pero aparte de la confusión que sentía y por encima de aquélla en apariencia grotesca situación, alguna cosa empezaba a estar clara para Norton: las que habían disparado desde los tejados fronteros con sus rifles eran las dos mujeres, es decir, las dueñas de aquellos vestidos. Y el que les esperaba dentro era Johnny, al que había visto perfectamente. Los tres formaban un conjunto de cuidado. Atraparlos iba a ser más difícil de lo que pensaba.

Bajó la persianilla de la ventana, para que no vieran desde el exterior, y encendió el quinqué que estaba sobre la mesa. Una luz

rosada le permitió ver los vestidos con perfecta claridad. Eran muy bonitos y vaporosos: de chica joven. Había también allí algunas prendas interiores.

También vio otras cosas, éstas pertenecientes a Rimblay: unos pantalones, una cazadora de piel, un par de botas. Un frasco de colonia de perfume fuerte, para hombre. Una navaja de afeitar y la cinta de cuero para afilarla. Una barra de jabón, una brocha y un peine.

—¿Qué gracia especial debe tener ese buitre? —masculló Norton —. ¿Cómo se las arregla?

El conserje se rascó la calva.

—No lo sé, pero no se puede negar que es un tipo bien plantado. No muy alto, pero de excelentes proporciones. Y supongo que las mujeres lo encuentran guapo.

—Ya se ve…

En aquel momento, Pinker empezaba a recuperar el conocimiento.

Lanzó un par de gruñidos, trató de ponerse en pie y cayó nuevamente.

Norton le sujetó a la vez por el cogote y por los bajos del pantalón.

—Tienes que ir al entierro de tus dos amigos —barbotó—. ¿No te sabría mal llegar tarde?

Y lo arrojó por la ventana, rompiendo las cortinas. Pinker salió como una bala de cañón, lanzando un aullido que despertó a la ciudad entera, si es que quedaba aún alguien dormido, después de la anterior traca de disparos. Aterrizó en el porche frontero, rompiendo un par de tablas.

Gracias a haber caído sólo desde un primer piso, Pinker no se mató. De lo contrario le hubieran enterrado a él también, con lo que seguramente la funeraria hubiese hecho una apreciable rebaja de precios.

Norton salió también de la habitación, pero por la escalera. Sabía que nada más iba a encontrar allí, y que Johnny Rimblay y sus extrañas amiguitas ya no volverían. Seguramente acababan de salir de la ciudad, a uña de caballo.

Y hubiera apostado cualquier cosa que lo habían hecho en dirección a Albany. Para liquidar a Baxter.

* * *

Norton encontró la confirmación a sus sospechas horas más tarde, al amanecer, cuando tuvo bastante luz para examinar el terreno. Las huellas de tres caballos que se alejaban de la ciudad, y por lo recientes que estaban se notaba que habían sido impresas la noche anterior como máximo.

Aquello era una evidencia: Johnny Rimblay y sus dos amiguitas se habían escapado. Y de que iban en dirección a Albany casi no tenía ninguna duda Norton.

Se pasó otra vez la mano por la boca.

La verdad era que, siendo sincero consigo mismo, la vida o la muerte de Baxter le importaban bien poco. Pero Baxter tenía siete mil machacantes y esa cantidad haría un magnífico bulto en el bolsillo de Norton, cuando éste se los hubiera guardado.

De modo que decidió regresar a Albany cuanto antes.

Atrapar a Johnny Rimblay, el pistolero más listo que había conocido hasta el momento, se había transformado en una especie de cuestión de honor para él.

De modo que sacó el caballo de la cuadra pública, le acarició el cuello y se puso a ensillarlo.

—Tendremos que hacer un largo viaje —murmuró, dando por descontado que el animal le entendía—. Voy a cansarte un poco, pero luego tendrás unas largas vacaciones. Con siete mil dólares, tú y yo nos instalaremos en el mejor hotel de Texas. Yo en una habitación con vistas a la calle y tú en la cuadra. Pero si se te antoja lo haremos al revés. Cuando me haya gastado aproximadamente la mitad en una juerga tras otra, compraré un pedazo de tierra y unas yeguas. Criaremos potrillos y vacas. Yo seré un ganadero y tú el caballo de un gran hombre, lo cual, si vas a mirar, no es cualquier cosa. Para conseguir todo eso, lo único que has de hacer es llegar a Albany antes que un hombre y dos mujeres que nos llevan unas horas de delantera. De lo demás me encargo yo, muchacho, de modo que… ¡ánimo!

Sí, el caballo estaba animado.

Galopó alegremente durante la primera hora, sin cansarse a pesar de un esfuerzo que hubiera roto los pulmones a cualquier otro animal. Norton confió en que pronto alcanzarían a los tres fugitivos.

Pero entonces sucedió lo inesperado. Cuando estaban cerca de

un pequeño rancho aislado, siempre siguiendo las huellas dejadas por los otros, el caballo dio un traspié.

Fue algo muy brusco. Sólo a la maestría de Norton se debió el que éste no saliera despedido por las orejas.

Pero la posición de una de las patas traseras de su caballo le indicó enseguida lo sucedido. El noble animal acababa de rompérsela. Norton se pasó una mano por la boca, con gesto de preocupación.

Sólo le faltaba aquel contratiempo. Podía echarlo todo a rodar.

Ayudó a levantarse al caballo y, como pudo, lo condujo hasta el cercano rancho. Un tipo que fumaba un largo cigarro lo había visto todo y esperaba ya en la puerta.

—Mala suerte, amigo —masculló.

—Y tan mala.

—Tendrá que sacrificar a ese penco. Una buena bala entre las orejas y… ¡cataclac…! Ya no le sirve para nada…

Norton frunció el ceño.

—No voy a sacrificar a este animal que ha sido siempre un excelente compañero… —empezó.

—¡Pero si lleva la marca de una cuadra pública! ¡Seguro que es alquilado!

—No importa. Todos los caballos son mis mejores amigos —murmuró Norton—. Vendaré a éste y terminará poniéndose bien. ¿Puede usted tenerlo en su rancho si yo le pago el hospedaje?

—Claro que sí. Se lo tendré por un dólar cada cuatro días. En un rincón de la cuadra no molestará…

Norton vendó cuidadosamente la pata del animal, pero precisamente por hacerlo con cuidado, perdió mucho tiempo en ello. Luego le volvió a acariciar el cuello.

—Vendré a recogerte —murmuró—. Antes de una semana estaré otra vez aquí.

Y pagó dos dólares al ranchero. Lo suficiente para mantener al caballo ocho días. Entonces le preguntó si podía prestarle un buen corcel, ya que con el poco dinero que llevaba encima no podía soñar en comprárselo.

—Sólo tengo dos buenos caballos y los necesito yo —dijo el ranchero—. No soy un hombre rico, ya lo ve. Le dejaré sin que me pague nada un caballejo, hasta que vuelva por aquí. Pero le

advierto que no puede forzarle porque se le quedará en el camino. ¿Va muy lejos?

—A Albany.

—Bueno, pues tómeselo con calma.

Norton miró hacia el vacío. Se dio cuenta de que nunca llegaría a tiempo. Si cuando llegase a Albany, Johnny Rimblay había matado a Baxter, ¿de quién demonios cobraría él?

Pero las circunstancias mandaban. Tenía que aceptar las cosas como venían, sin poner mala cara.

—Gracias por su ayuda —dijo—. Persigo a tres personas que han debido pasar por aquí. Quizá los ha visto.

Al ranchero le brillaron los ojos.

—¿Un hombre joven y dos señoras estupendas?

—Justo. Ellos.

—Pues le llevan una buena delantera. Han pasado por aquí poco después del amanecer. Y montaban unos magníficos caballos. Precisamente los he visto bien porque me han pedido agua para sus animales. Pero en lo que me he fijado mejor ha sido en las dos mujeres, claro. ¡Qué tías! El llevaba una pequeña barba que apenas le cubría la mandíbula, y las dos le hacían carantoñas, como si estuviesen enamoradas al mismo tiempo. ¿Ha visto un caso igual? ¡Demonios! ¿Por qué no puede ocurrirme eso a mí? ¿No soy igualmente un tipo que no está mal del todo?

Y se rascó la voluminosa tripa por uno de los enormes agujeros que había en su camiseta.

Norton susurró:

—No pierda las esperanzas, amigo. Cualquier día, los tipos como usted se ponen de moda…

* * *

La detonación rasgó el aire.

Todo el mundo estaba atento, con la respiración en suspenso, con los nervios tensos.

Y al fin alguien exclamó:

—¡Blanco!

En efecto, el muñeco, que tenía un cuerpo muy grande y una cabeza muy pequeña, y muy difícil de acertar, acababa de recibir una bala entre las dos cejas, pese a la distancia y al pequeño calibre

del revólver. Algunos espectadores prorrumpieron en gritos de «¡Bravo! ¡Bravo!», y otros aplaudieron calurosamente.

Baxter se quitó el sombrero para saludar.

Era el único que llevaba aquel magnífico sombrero «Stetson» de modelo especial, de un color crema tan perfecto, de un acabado tan elegante.

El director del concurso se adelantó hacia él.

—Se está usted convirtiendo en el rey de nuestras fiestas, señor Baxter —dijo obsequiosamente—. Albany se enorgullece de tiradores como usted. Y eso que ya no es un chiquillo y le hirieron gravemente hace muy pocos días… Pero conserva un pulso estupendo.

Baxter rió, complacido.

En efecto, se había recuperado muy pronto. Bastante antes de lo que creyó al principio, cuando tuvo la sensación de que era hombre muerto.

Hasta se había atrevido a participar en las fiestas concretamente en el concurso de tiro, y lo estaba ganando sin dificultades.

El director del concurso, murmuró:

—No le falta nada para repetir la ceremonia de su boda, señor Baxter. Vuelve a estar estupendamente bien.

Los ojos del millonario se ensombrecieron.

—Primero tiene que morir Johnny Rimblay —dijo con expresión hosca.

—No estará tranquilo mientras eso no suceda, ¿verdad?

—Ni tranquilo, ni satisfecho.

El banquero Dumas, su más directo contrincante en el concurso de tiro, se acercó a él.

—Te felicito, Baxter. Ha sido un magnífico disparo.

—Apuesto a que tú no eres capaz de repetirlo.

—Con tu sombrero, sí.

—¿Qué tiene que ver mi sombrero?

—Lleva una pequeña muesca en la parte delantera del ala, y esa muesca la ves tú perfectamente. La haces coincidir justo entre tus dos ojos y te sirve de orientación para el tiro.

Baxter lanzó un gruñido, al ver descubierto su pequeño truco. Pero como no podía negarlo, se encogió de hombros.

—Inteligencia que tiene uno —murmuró.

—Préstame tu sombrero. Con él acierto cualquier cosa.

—No está graduado para el tamaño de tu cabeza, y la muesca no te coincidirá entre los ojos. Pero, en fin, allá tú.

El banquero se lo puso.

El magnífico color crema del «Stetson» destacaba entre todos los sombreros de los demás participantes.

El banquero se puso ante el blanco.

Achicó los ojos y apuntó.

Sonó un disparo.

Pero no era de revólver, sino de rifle. Un rifle que acababa de detonar a su espalda y a larga distancia.

El sombrero que estaba sobre la cabeza del banquero pareció animado de vida propia. Saltó por los aires. En cuestión de segundos pareció transformarse en un cohete.

Dumas soltó el revólver que no había llegado a disparar aún y se llevó ambas manos a la cabeza.

Entre sus cabellos manaba un delgado hilo de sangre, pero era evidente que la herida no tenía demasiada importancia. Sólo por milagro la bala no le había atravesado la nuca, saliéndole por la frente.

Lanzó un gruñido y se desmayó.

La prueba había resultado demasiado dura para él. Estaba acostumbrado a manejar billetes, no balas.

Baxter le miró, caído a sus pies, mientras a su vez sentía un terrible vértigo.

Porque se daba cuenta de lo que aquello significaba. Porque sabía que la bala iba dedicada a él.

El banquero, visto a distancia, tenía su mismo aspecto: bien vestido, gordo… Sólo el sombrero le podía identificar. Y alguien había empleado aquello como punto de referencia para su rifle.

Baxter sintió que gruesas gotas de sudor resbalaban por sus facciones.

Aquel «alguien» no podía ser más que Johnny Rimblay. ¡Rimblay había vuelto a Albany para matarle!

Eso significaba que había fracasado Norton.

El disparo no se repitió. Posiblemente el autor del mismo pensaba que su víctima había caído para siempre.

—¡Allí! ¡Han tirado desde allí! ¡Pronto! ¡Hay que organizar una

batida!

Baxter aulló:

Señalaba un edificio algo más alto que los otros, sobre el cual aún flotaba una debilísima columna de humo. Estaba situado a unas trescientas yardas de distancia.

Todos los pasmados y todos los mirones que había por allí se pusieron en movimiento enseguida. Los hombres saltaron a los caballos. Baxter rugió:

—¡Mil dólares al que atrape a ese hombre! ¡Mil dólares que le pagaré al contado apenas lo traiga! ¡Vivo o muerto, es igual! ¡Pero lo quiero en mis manos!

Al menos dos docenas de jinetes se lanzaron al galope en aquella dirección.

Pero en aquel tejado no encontraron nada, más que una pequeña cajita que aún olía a azufre.

En aquel momento, desde un zaguán cercano que también dominaba la plaza donde tenía lugar el concurso de tiro, alguien se acarició pensativamente una barba que apenas le cubría la mandíbula.

Había disparado desde allí, pero eso no lo sospechaba nadie.

—Tendremos que esperar hasta la noche —dijo—. No podremos salir hasta entonces porque ahora hay demasiado jaleo. Pero la lástima es que haya fallado el disparo.

La mujer que estaba a su lado, todavía respirando agitadamente a causa de la veloz carrera que acababa de efectuar, murmuró:

—No te preocupes. Repetirás otra vez.

—Menos mal que has tenido la idea de quemar aquel poco de azufre en el tejado, Greta —murmuró—. El humo les ha desorientado por completo. Hasta ahora han creído que el disparo había sido hecho desde allí.

—Y he pensado también algo más —dijo Greta—. Al descender del tejado, y con la misma antorcha, he desatado los caballos que estaban en el amarradero, sin que nadie los vigilase, y les he quemado un poco en las ancas. Si te digo que han salido disparados, me quedo corta. En este momento sólo deben ser puntitos en la llanura. Y todo ese grupo perseguirá a los caballos, ya puedes estar seguro.

Se oyó una leve carcajada.

—Buen truco, Greta.
—Gracias, cariño.
La mujer que estaba oculta allí también rió silenciosamente.

CAPÍTULO VI

Norton había forzado su caballo al máximo. No era un animal tan malo como le dijo el ranchero ni como él creyó al principio. Había resistido bien la marcha, hábilmente dosificada por el jinete. Y ahora estaban entrando en Albany, desde luego mucho antes de lo que imaginó.

Se notaba que había sucedido algo en la ciudad. Había jaleo del gordo.

Un cartel anunciaba a la entrada de la calle principal:

«FORASTERO: BIEN VENIDO A LAS FIESTAS
ANUALES. CONCURSOS
DE TIRO, RODEO Y BAILE GRAN CARRERA DE
CABALLOS EN LA QUE TODO EL MUNDO SE PUEDE
INSCRIBIR».

Aquello estaba muy bien, pero algo más estaba sucediendo en la próspera ciudad tejana.

Se habían cerrado puertas y ventanas. Y una tropa de jinetes lanzados al galope venía por el otro lado de la calle.

Norton quiso desviar el corcel del camino de aquellos energúmenos, pero como el animal estaba tan cansado, no pudo hacerlo del todo.

Materialmente tropezaron con él. Tuvo la suerte de no ser arrollado y caer. Pero no tuvo la misma suerte la mujer que estaba también en la calle, y a la que Norton no había visto hasta aquel momento. Iba vestida de amazona y montaba un magnífico caballo,

pero demasiado joven. Cuando vio venir a toda aquella tropa lanzada al galope, el animal se puso nervioso y quiso seguir a los demás. Relinchó fuertemente y se lanzó al galope también, prácticamente desbocado.

Norton no se fijó en la mujer que iba sobre la silla. No sabía si era joven o vieja. Sólo pensó que iba a morir, en el caso de que no lograra dominar a su caballo.

Por eso picó espuelas sobre el suyo, lanzándolo al galope. Se cruzó en el camino del otro, pero unas décimas de segundo demasiado tarde. El corcel desbocado se le iba a escapar.

Norton lanzó una imprecación.

Saltó felinamente, volando por los aires a más velocidad que el caballo. Logró colgarse del cuello de éste, en un gesto que en un nombre menos experimentado que él hubiese parecido increíble.

El corcel desbocado se detuvo de repente.

La mujer que estaba sobre la silla vaciló un par de veces, pero al fin logró sujetarse al pomo y quedar inmóvil, sin haber sufrido el menor daño.

Norton, con su gesto habitual, se pasó una mano por la boca.

—Bueno —dijo—, ha sido un mal momento, pero todo terminó.

De repente abrió la boca con asombro.

—Yo a usted la conozco. Usted es Ann.

—Claro que sí… Ya es la segunda vez que me ayuda —murmuró ella—. ¿No recuerda aquel carro que despedía un olor tan fétido, y que usted envió lejos de un balazo?

—¡Claro que lo recuerdo!

Ella rió brevemente.

—Debía estar escrito que íbamos a volver a encontrarnos —dijo —. Pero esta vez ha salvado algo más importante que mi olfato. Esta vez me ha librado de la muerte. No sé qué puedo hacer para pagárselo, señor Norton.

—¿Le dije mi nombre?

—No recuerdo si me lo dijo, pero en todo caso aquí se le conoce bien.

El acarició el cuello del caballo y lo soltó, al estar seguro de que ya no les haría una trastada.

—¿Adónde iban todos esos locos? —preguntó—. Parecía la carrera de caballos que anuncian a la entrada de la ciudad…

—Perseguían al que ha intentado matar al señor Baxter.

Norton palideció.

—¿Dice que han intentado liquidarlo?

—Sí. Y he oído gritar que fallaron por poco. Ha debido ser Johnny Rimblay, seguro.

—¿Y ésos le persiguen?

—Sí, señor Norton.

Norton estuvo a punto de lanzar una carcajada, pero se detuvo.

—Pues no lo encontrarán. Seguro que Johnny ha tomado sus medidas. Apostaría triple contra sencillo a que persiguen a una especie de fantasma.

No sabía bien lo acertado que estaba. No imaginaba siquiera que la persona de la cual acababa de hablar se hallaba a tan poca distancia que por poco no había oído sus palabras.

Ann le miraba fijamente. Su mirada chispeante reflejaba gratitud. Vestía, a pesar de ir de amazona, como una de esas mujercitas «chic» que lo han tenido todo, como una millonaria a la que sólo falta pedir la luna para que se la ofrezcan tal vez.

—Iba a dar un paseo —murmuró—, pero creo que he cambiado de opinión.

—¿Por qué?

—Supongo que esta vez no tendrá inconveniente de tomar una copa en mi casa.

Norton vio en su imaginación una suculenta botella de *whisky* escocés o una jarra de cerveza bien fría. Y movió la cabeza afirmativamente, con entusiasmo.

—La verdad es que empezaba a necesitar un trago —susurró.

—Entonces, acompáñeme.

Ann vivía no lejos de la casa de Baxter, en un edificio de excelente construcción. Una criadita negra, de cimbreante cintura, les abrió la puerta. Al ver la recia complexión de Norton sonrió admirativamente, mostrando dos hileras de dientes fuertes y sanos. Trajo enseguida una bandeja de plata donde había bebida para escoger y los dejó solos en una sala magníficamente decorada, una sala tan bonita como Norton no recordaba haber visto en su vida ninguna otra.

Ann susurró:

—Espera. Voy a cambiarme…

—¿Por qué? Estás bien así.

—No es correcto que reciba a mis invitados vestida de amazona.

Le preparó ella misma un combinado de su invención y luego salió. Con el vaso en la mano, Norton contempló admirativamente las piezas de arte que había en la habitación. Existían allí verdaderas joyas en porcelana y cristal. Ann debía ser no sólo muy rica, sino también muy caprichosa. Había también allí una magnífica colección de miniaturas dignas de un museo.

Pese a haber vivido siempre en la pradera, como un pistolero, pues Norton no era otra cosa, sabía apreciar las cosas bellas y los objetos de arte. Casi se olvidó de beber, mirándolos. Y de repente oyó una puerta que se abría y luego un carraspeo a su espalda.

Se volvió.

Sus ojos se dilataron de asombro y de admiración a la vez.

Sí, Ann se había «cambiado». Claro que aquel cambio había consistido en ponerse cómoda, muy cómoda. No llevaba más que una bata. Norton no supo si era la habitación lo que daba vueltas o si se había puesto él a darlas.

Ann susurró:

—Como tú me inspiras confianza, me he puesto en plan de andar por casa.

Norton se pasó una mano por la boca, que de repente se le había quedado seca.

—Sí —dijo—. Yo… yo soy de mucha confianza.

—No has bebido apenas nada.

—Es verdad. Perdona.

Y vació el vaso de un trago.

Ella se sentó en el diván.

Miraba a Norton con una leve sonrisa flotando en sus pulposos labios.

—¿No te sientas?

—Ejem… Pues… pues yo estoy bien así.

—Te prepararé otro trago.

—No, no lo hagas. Si en lugar de una chica veo dos, estoy perdido.

—¿Por qué?

—Porque corro el peligro de que, cuando intente besar a la que es, bese a la que no es, y me atice un guantazo la que es.

Ella rió divertida, a pesar de que aquella frase en su ambiente distinguido de millonaria mimada era un atrevimiento casi insoportable.

—¿Vives sola aquí? —preguntó él.

—No. Con mi padre.

—¿Y dónde está tu papaíto ahora?

—De viaje. Sus negocios le ocupan mucho tiempo. ¡Y yo me siento tan sola y tan aburrida aquí!

Él carraspeó.

—¿Por qué no te casas?

—No encuentro hombres a mí gusto.

—Es extraño que Baxter no te haya pretendido, siendo tú tan hermosa y tan rica.

—A Baxter lo enviaría al diablo si me dijera una palabra de más. Tengo demasiado dinero para soportar a un tripudo cómo él.

Le miró de soslayo y susurró:

—En cambio, tú eres muy diferente…

—Y tan distinto… —dijo Norton, no queriendo dejarse arrastrar por el influjo de aquella mujer—. En realidad, no deberías ni tenerme en tu casa. ¿Sabes quién soy en realidad? ¿Aún no te has enterado de que tratas con un pistolero?

—Basta mirarte para saberlo —murmuró ella.

—Hace poco estaba en la cárcel. Me habían metido allí por pendenciero, y me sacó Baxter bajo fianza.

—¿Para qué?

—Para que matara a Johnny Rimblay.

Ann se puso en pie.

De su piel, de sus cabellos, de su cuerpo todo, se desprendía un perfume suave que embriagaba los sentidos de Norton.

—No me dan miedo los pistoleros como tú —musitó—. Al contrario… ¿Por qué no olvidamos a Baxter y a Johnny Rimblay? ¿Por qué no lo olvidamos todo… excepto que tú y yo estamos aquí?

Tendía hacia él sus labios rojos, pulposos, excitantes.

Entrecerraba los ojos como pidiéndole la caricia.

Norton susurró:

—Bueno. Lo siento por ti, muñeca…

Y la besó. La besó del modo que él estaba acostumbrado a hacer. Como un pirata.

Ella se estremeció, pero no fue de placer, sino de dolor.

—Me haces daño… —gimió.

Él la soltó lentamente.

Miraba las facciones algo crispadas de la mujer, aquel rostro de niña a la que han contrariado en un capricho.

—Tú no habías besado nunca a nadie —susurró Norton.

—No.

—Pero tenías el capricho de hacerlo un día u otro. Y me has elegido a mí.

—Supongamos que sí —susurró ella.

—Lo malo es que yo soy un tipo demasiado rudo, y las muñecas como tú necesitan gente más fina.

Ella no contestó.

Le miraba entre inquieta e irritada, como si él la hubiera defraudado en algún deseo secreto.

—No quiero ser tratada como una cualquiera —musitó Ann.

—Y no te falta razón. Te ruego que me perdones.

Ann vaciló.

Seguía mirándole fijamente, como diciéndose que en el fondo había sido una tonta.

—De todos modos, me gustaría que nos volviéramos a ver —murmuró—. Quizá me acostumbre a la forma de besar de los tipos como tú.

—Te decepcionaría otra vez —dijo Norton con voz suave—. Tú eres una chica fina, una muñeca de casa elegante. Con un pistolero siempre irías de desengaño en desengaño. Sería una equivocación el que nos volviéramos a ver.

—De todos modos, quizá te sorprenda lo que voy a decirte —murmuró ella.

—¿Qué?

—Siempre he pensado casarme con un tipo como tú…

Norton se quedó un momento como paralizado. Se pasó otra vez la mano por la boca, que le había quedado seca de nuevo. El mismo tomó la botella de *whisky* y se sirvió una generosa ración en el vaso, la cual se bebió de un trago.

Miró en torno suyo.

Bien… Todo aquello podía parecer irreal, pero resultaba cierto. Las cosas con aspecto más irreal son precisamente las que

acostumbran a suceder. Si él se ganaba un poco a aquella muchacha, la casa en que ahora se hallaba podía ser suya. Y podía ser suyo todo el dinero que había detrás. Y podía dejar de ser un pistolero nómada para convertirse en un millonario de Texas.

Ann era una caprichosa, desde luego, pero si se había encaprichado de él, ¿por qué no complacerla? Le bastaba seguir el juego para que un buen puñado de millones cayera en sus manos. Y él que se estaba jugando la vida por siete mil dólares…

Todos estos pensamientos pasaron por su cerebro en cuestión de segundos, pero al fin se encogió de hombros. Él siempre sería un pistolero… Mejor no pensar en cosas absurdas.

Se dirigió a la puerta.

—He tenido mucho gusto en conocerte, Ann. Es posible que nos volvamos a ver. Pero no sé cuánto tiempo voy a permanecer todavía en Albany.

Abrió la puerta y salió.

Ella le miraba como hipnotizada.

Miraba sus anchas espaldas, su boca firme, su mentón enérgico y sus puños de acero.

Sí… Siempre había deseado conocer a un hombre de esa clase. ¿Y por qué no, si podía comprarlo?

—Norton… —susurró.

Pero él ya había marchado, cerrando la puerta a su espalda.

Había salido a la calle sin sospechar que un rifle le apuntaba directamente al centro de la cabeza.

CAPÍTULO VII

Hay tipejos cuya vida es una continua sucesión de rencores, hombres que van acumulando bilis y que no perdonan jamás.

Pinker era uno de esos tipos. Pinker atribuía a Norton la culpa de su fracaso en el intento de matar a Johnny Rimblay. Y tampoco le perdonaría nunca el que le hubiera dejado sin sentido y luego le hubiera arrojado por la ventana de aquella habitación del hotel, como se lanza un fardo a la calle.

Había decidido vengarse y había seguido a Norton en su larga cabalgada, alcanzándole gracias al hecho de que el joven vio romperse una de las patas de su caballo.

Por eso estaba en Albany. Matarían a Norton y dejaría bien sentado que nadie podía reírse impunemente de Pinker. Tal como estaba planeado su golpe, no podía fallar…

Contaba con la ayuda de un compinche contratado a última hora.

Los dos provistos de excelentes rifles marca «Sharp», estaban apostados en una de las esquinas que daban frente a la casa de Ann.

Cuando Norton salió, Pinker dijo:

—Cuidado…

Encajó bien la figura del pistolero en su punto de mira e hizo fuego.

Pero no contaba con la rapidez de reflejos de Norton. Y éste acababa de observar una cosa muy curiosa, algo que le puso en guardia en fracciones de segundo.

Cuando él llegó a aquella calle, varios potros estafan sujetos a un amarradero de la misma esquina frontera, y la tapaban parcialmente. Ahora aquellos mismos potros estaban igualmente en el amarradero, pero un poco más allá, como si alguien los hubiera

apartado para que la esquina quedase libre.

Eso y un leve destello metálico en aquel lugar hizo que sus reflejos funcionaran instantáneamente.

¡Iban a acribillarle! ¡Le estaban esperando!

Se contorsionó en el aire en el instante mismo en que Pinker disparaba.

La bala le rozó la cintura. El otro pistolero hizo fuego a su vez, tirando más bajo.

La segunda bala se llevó parte de la manga de la camisa de Norton. Éste dio dos vueltas sobre el porche y cayó a tierra, mientras sacaba su revólver.

Pinker lanzó una maldición.

—¡Hemos fallado! ¡Atrás!

No se expondría a matar a Norton cara a cara. No, él no cometería aquella locura.

Norton oyó el tintineo de sus espuelas, mientras los dos granujas huían.

Se puso en pie y corrió hacia la esquina. Ignoraba que era Pinker el que había tratado de matarle. Pero, fuera quien fuese, él no dejaría las cosas así.

Los vio al doblar la esquina. Pudo haberlos matado fácilmente mientras los fugitivos trataban de subir a los caballos.

Pero no quiso hacer fuego teniéndolos así. Guardó el revólver y gritó secamente:

—¡Pinker!

El tipejo se volvió, temblando. Su pistolero hizo lo mismo.

Tenían los rifles en las manos, pero aquellas temibles armas resultaban inútiles en un duelo a corta distancia.

Norton murmuró:

—Creí que te habrías dejado de tonterías, Pinker. Ni tú me debías nada ni yo te debía a ti. No había motivo para que intentaras matarme.

Los dientes de Pinker rechinaron en el silencio de la calle.

—Tú me insultaste… —balbució—. Tú me arrojaste por aquella ventana como si fuera un pingajo…

—¿Y qué otra cosa eres, Pinker?

—¡Maldito…!

—Vas a tener una oportunidad, Pinker. Vais a tenerla tú y el

granuja al que has contratado.

—¿Tratas de retarnos?

—Estáis desafiados ya.

El pistolero que estaba a la derecha de Pinker no quiso esperar.

Gritó:

—¡Ahora!

Mientras lanzaba el rifle con la izquierda a la cara de su enemigo, tratando de desorientarle, con la derecha hacía un movimiento centelleante para sacar el revólver.

Creyó que iba a conseguirlo.

Pensó por unos momentos, infinitesimales instantes, que iba a ser más rápido que Norton. Incluso empezó a lanzar un grito de triunfo.

Aquel grito murió en su garganta instantáneamente, cuando sintió el choque de la bala.

No entendió cómo Norton había podido «sacar» tan rápidamente, si unos segundos antes aún tenía la derecha bastante lejos del revólver. Ése fue un misterio que el tipejo ya no pudo aclarar. Giró sobre sus botas y cayó de costado, mientras el grito de sorpresa se transformaba en uno de agonía.

Pinker, por su parte, había tratado de no perder el tiempo.

Sin ver caer a su compañero, fue a poner el rifle en línea de tiro. Le pareció que iba a ser más veloz con aquello que con el revólver, pero se equivocó.

La bala le hizo levantarse materialmente del suelo. Como pesaba tan poco, dio la sensación de que el plomo le hacía volar. Cayó junto a su compañero, pero no llegó a darse cuenta de nada. La bala, certera y al centro de la cabeza, fue de las que matan sin dolor.

Norton sopló cansinamente en el cañón del revólver.

No le había gustado aquel desafío. Esperaba no ver a Pinker nunca más. Pero cuando uno trata con granujas, acaba encontrándolos de nuevo, tarde o temprano, en su camino.

Claro que ahora el problema ya estaba terminado.

Pinker no volvería a molestarle.

Pensaba en esto y guardaba el revólver en la funda cuando una voz dijo a su espalda:

—Ha sido un buen disparo, muchacho.

Norton se volvió sin prisas.

Se había dado ya cuenta de que los caballos amarrados cerca de la esquina no estaban allí por casualidad, sino porque allí mismo abría sus puertas un salean. Y ahora, desde los batientes de ese local, le miraba una mujer.

No era una cualquiera. Era toda una señora. Llevaba un vestido largo hasta los pies, pero que moldeaba maravillosamente su figura. El escote generoso mostraba unos hombros bien formados, mórbidos, de piel juvenil y tensa. Los labios rojos sonreían desde la puerta.

—Es una bonita felicitación —murmuró Norton—. Pero no sabía que en esta ciudad había princesas.

—¿Te gusto?

Norton la miró de pies a cabeza, pero sin insolencia.

—¿Trabajas aquí?

—¿Te parece mal?

—No. Todo lo contrario…

—¿No quieres tomar una copa? Te invito…

—Lo normal sería que te invitara yo —susurró Norton.

—Es que te estoy agradecida…

—¿Por qué?

—Uno de esos dos tipos me molestaba. Siempre se metía conmigo. Y aunque resulte poco caritativo decirlo, celebro que haya muerto.

Norton asintió. Ocurría aquello muchas veces. Pobre de una chica de saloon cuando de ella se encaprichaba un pistolero dispuesto a no dejarla vivir.

—Los enterraré luego —dijo, haciendo un gesto de hastío—. Ahora acepto tu invitación, preciosa.

Entró en el saloon, en compañía de la mujer. En el interior no había más que cuatro hombres, seguramente los dueños de los caballos que se encontraban fuera. Los cuatro estaban tensos, pendientes de la chica. Clavaban en ella sus ojos sanguinolentos.

Ella bisbiseó:

—Qué manera de mirarme, ¿no?

—Les gustas.

—Yo diría que mucho… —confirmó la muchacha.

—¿Y por qué no te lo dicen? ¿No trabajas aquí?

—Hoy es el primer día.

—Comprendo. Por eso no deben atreverse. No saben bien quién eres.

Pero cuando se acercaban a la barra, uno de los hombres se decidió. Su mano se tendió hacia la muchacha, rozándole casi el vestido.

—Tú, ven aquí…

Ella tendió la pierna. El hombre, que se había puesto en pie, tropezó con su zapato y cayó estrepitosamente a tierra.

Allí, la mirada de sus ojos sanguinolentos se hizo más turbia. Trató de echar mano al revólver.

—¡Maldita…!

Norton susurró:

—Cuidado, hermano…

Pero ya era tarde para advertencias. El otro estaba sacando su «Colt».

Norton sintió un escalofrío. Por primera vez en su vida tuvo la sensación de que iba a llegar tarde. Disparó a través de la funda, con sólo un leve movimiento de muñeca.

Su enemigo quedó clavado en el suelo. La bala le había atravesado el pecho, de arriba abajo. Hundió la cabeza sobre las tablas y quedó así, espantosamente quieto.

Los otros tres hicieron gesto de moverse, pero de repente parecieron afectados por un ataque de parálisis. El revólver de Norton les encañonaba, moviéndose suavemente en forma de abanico. Contuvieron sus respiraciones, creyendo que el pistolero iba a disparar.

Pero Norton se limitó a alzar el cañón y a guardar luego el revólver suavemente.

—No quiero más muertes —dijo—. Por hoy he agotado mi ración. De modo que si os estáis tranquilos creo que podéis seguir viviendo muchos años.

Sus tres enemigos aceptaron el consejo. Fueron sentándose otra vez lentamente, apartando las manos de las culatas.

Norton chascó los dedos.

—Luego os lleváis a vuestro amigo —dijo—. Está pidiendo a gritos una tumba fresca.

Y miró a la chica. Ella le sonreía de una forma extraña, con una

mezcla de admiración.

Pero era una sonrisa turbia. Era una de esas sonrisas a la vez temibles y excitantes que atraen a un hombre como una maldición, que no se pueden olvidar.

—Te había invitado simplemente a un trago —dijo ella—, pero creo que mereces un trato especial.

—¿Por qué no? —dijo—. Una cosa así nunca se desprecia.

Subieron los dos. Norton miraba de soslayo a los tipos de abajo, pero éstos no se movieron.

En efecto, se notaba que los reservados del piso superior debían ser de primera. Una alfombra de color rojo recorría todo un pasillo, al final del cual había una ventana. Seis puertas de primera calidad se abrían en aquel pasillo, tres a cada lado. Un silencio íntimo y acogedor lo envolvía todo.

El taconeo de la chica rompió aquel silencio.

Se movía con suavidad felina, como una tigresa que se dirige a su guarida.

Abrió la puerta número tres.

—Pasa, cariño.

Norton entró. En la penumbra vio un diván que también era rojo. Vio una mesita baja con una bandeja de plata en su centro. Y en ella dos copas y lo que parecía una botella de champaña de California.

Pero vio también algo más.

En el diván, sentada, había otra mujer.

Norton susurró:

—Vaya… Tienes una amiguita…

Y de pronto se quedó helado. De súbito recordó algo que le hizo casi pegar un brinco.

¡Demonios! ¿Cómo no lo había comprendido antes?

Dos mujeres eran las que balearon a los hombres de Pinker. Dos mujeres eran las que estaban en aquella habitación del hotel, en compañía de Johnny Rimblay. ¿No sería posible que…?

Cuando aquella mano se movió suavemente tras él y le quitó el revólver, comprendió que acababa de caer en la trampa.

La chica que estaba a su espalda empuñaba un pequeño «Derringer» de dos cañones, con el que le «acariciaba» la columna vertebral. Y, naturalmente, también podía hacer uso del temible

«Colt» que acababa de arrebatar a Norton.

Éste estaba acorralado.

Y para que no faltara nada, aquella voz masculina.

Dijo suavemente desde el interior:

—¿A que espera señor Norton? ¿Por qué no entra? ¿No iba a tomar una copa?

CAPÍTULO VIII

La mujer que estaba detrás de Norton le empujó con los dos revólveres de modo que el joven pasó. Pero la verdad es que hubiera entrado, de todos modos, aunque nadie le amenazase.

Dijo suavemente:

—Ya tenía ganas de echármelo a la cara, Johnny Rimblay.

Y atravesó el umbral.

La puerta se cerró lentamente a su espalda.

La mujer sentada en el diván también empuñaba un revólver. El único que parecía desarmado era Johnny, pero con la protección de las dos mujeres ya tenía más que suficiente.

Era una ayuda por la que cualquiera hubiese pagado muchos dólares en todos los rincones del Oeste.

¡Menudo par de señoras! ¡Qué pareja de muñecas para quitarle a uno el sueño!

La voz de Johnny Rimblay era suave y tranquila. Era justamente la voz de una persona que no tiene miedo de nada. Invitó a Norton para que se acercase más.

—Pues si querías verme, aquí me tienes, muchacho.

Norton le miró a placer. Algunos detalles se le escapaban a causa de la penumbra del reservado, pero de todos modos se consideró satisfecho. Pudo ver que Johnny era un tipo no demasiado alto, aunque muy bien formado, como ya le habían dicho. Sus ojos eran penetrantes y duros, tal vez demasiado grandes. La leve barbita, tan característica en él, le cubría apenas la mandíbula.

De nuevo se oyó su voz.

—Tú te llamas Norton, ¿verdad?

—Ése es mi nombre.

—¿Y puede saberse por qué tratas de invitarme a pasar una

temporada en la fosa?

—Lo debes saber muy bien.

—Quizá lo sepa, quizá no. Pero deseo salir de dudas. Quiero que me lo digas tú mismo.

Norton sonrió con expresión de desafío, a pesar de saber el fin que tendría todo aquello. A pesar de dar por descontado que acabarían acribillándole a tiros.

—Yo vivo de mi trabajo —murmuró—. Y quizá sepas que consiste en liquidar hombres que tengan la cabeza puesta a precio.

—¿Como yo?

—¡Qué listo eres! Justo, igualitos que tú.

—¿Y quién te paga esta vez?

—Baxter.

—De modo que Baxter… Claro, tenía que ser él.

—No me digas que no lo sabías.

El otro sonrió, pero lo hizo de una manera imprecisa, sin llegar a mostrar sus dientes.

—Quería oírtelo decir a ti. Bueno, Baxter es muy amigo mío, como sabes —dijo quedamente—. He tratado de matarle hace poco, pero desgraciadamente he fallado. No puede decirse que tenga demasiada suerte con él… ni él conmigo. Sus hombres aún me buscan.

—Lo sé. Los he visto correr como jamelgos cuando yo entraba en la ciudad.

Se pasó una mano por la boca y añadió lentamente.

—Siempre he sentido interés por saber una cosa: ¿qué diablos te impulsa a todo eso? ¿Por qué tanto interés en matar a Baxter?

—Es asunto personal.

—¿Dinero?

—No, no se trata de dinero.

—¿Venganza?

—Digamos que sí. Digamos que quiero vengarme de algo que me hizo tiempo atrás.

Norton se encogió de hombros.

—Me parece muy lógico, como también es natural que Baxter pague siete mil dólares para que alguien lo defienda. Yo te hubiera matado, caso de poder hacerlo, Johnny Rimblay, como tú vas a matarme a mí. Porque supongo que no me has traído a este

reservado para que bese a tus amiguitas.

—No, claro que no…

Norton apretó los labios. Antes de que lo apiolasen, quiso hacer la última pregunta, la que durante más tiempo le había estado quemando en la lengua.

—Siempre he querido conocer tu secreto, Rimblay.

—¿Qué secreto?

—Pues éste… ¿Cómo te las apañas con las dos?

—Es asunto mío.

—De acuerdo, de acuerdo. Me hubiera gustado tratarlas —añadió—. Seguro que resultan unas chicas simpáticas. Pero me temo que no voy a tener tiempo.

—No, no lo tendrás.

Norton notó que iban a disparar, que la cosa estaba decidida.

Y lo peor era que no sabía cómo evitarlo.

—¿Puedo tener una última voluntad? —susurró.

—Puedes decirlo.

—¿Cuáles son los nombres de esas dos monadas?

—Greta y Mónica.

E hizo una seña a las otras dos. Norton comprendió que había llegado el momento de que le acribillaran.

Resultaba inútil defenderse. Sin armas, con un revólver apuntándole delante y otros dos detrás, cualquier tentativa de salir vivo de allí era ridícula. Más valía aceptar la muerte con elegancia, con dignidad. Norton odiaba a los que mueren chillando como ratas.

—Bien… —dijo con una sonrisa—. ¿A qué esperáis?

Y la voz masculina pronunció su sentencia de muerte.

—No esperamos ya nada —dijo—. Sólo queríamos conocer tu última voluntad. Y ahora, adelante…

Las manos apretaron más firmemente las culatas, mientras los dedos se cerraban sobre los gatillos.

CAPÍTULO IX

Había otros tres hombres que estaban firmemente decididos a matar a Norton.

Los tres tipos que había abajo, en el local principal del saloon y que habían visto caer para siempre a su compañero, estaban dispuestos a vengarle, aunque eso les pareciera muy difícil. Pero cuando vieron subir a Norton con aquella hermosa pájara, comprendieron que se les había presentado una oportunidad.

Dentro de unos minutos, Norton estaría muy distraído. Tan entretenido que no se enteraría de nada.

Sin palabras, tomaron la decisión.

Sacaron los revólveres y subieron en silencio la escalera, mientras el dueño del saloon, abajo, temblaba.

—Por favor señores, no me ensucien la tapicería del reservado. La cambié hace una semana.

Los tres hombres se quitaron las espuelas al llegar al piso superior. Avanzaban tan sigilosamente como gatos. No hacían el menor ruido.

Aunque ignoraban en qué reservado estaba Norton, pronto lo averiguaron. Desde la última puerta llegaba un suave murmullo de voces. Era allí donde tenían al pájaro.

Contuvieron la respiración.

Y de pronto, uno de ellos hizo una seña.

—¡Adentro!

Era justo el momento en que en el interior del reservado, Norton se disponía a morir. El momento en que, con los ojos entrecerrados, esperaba esa sensación punzante de los proyectiles al morderle a uno la piel.

La puerta se abrió de repente, con un seco golpetazo.

Y ocurrió lo que sucede muchas veces: cuando son demasiados los que quieren matar a un hombre, este hombre tiene grandes posibilidades de sobrevivir.

Greta, que era la que estaba tras él, recibió el inesperado golpe de la puerta en la espalda. Sus hermosas piernas vacilaron. Y el instinto le dijo que el peligro estaba detrás, no delante, y que tenía que olvidarse de Norton.

Giró sobre sí misma y fue a disparar, pero el brusco movimiento le hizo perder el equilibrio y caer a tierra. Lanzó una ronca imprecación, digna de un hombre, cuando las balas picoteaban junto a su cuerpo.

Se dio cuenta de que su caída le había salvado la piel. De que, en caso contrario, ahora estaría comida por el plomo.

Norton, por su parte, sintió que una bala le rozaba. Comprendió en fracciones de segundo lo que estaba ocurriendo. Los intrusos no podían ser más que los fulanos de abajo que queriendo matarle le salvaban al menos por el momento.

Tenía que aprovechar aquella oportunidad si no quería que lo enterraran dentro de poco. Y sin pensarlo ni un instante, se lanzó de cabeza hacia la única ventana que había en el reservado, y que estaba cubierta por una cortinilla.

Los cristales y el marco de aquella ventana volaron en torno suyo.

Oyó la voz de una de las mujeres:

—¡Maldito! ¡Se escapa!

Dos balas le persiguieron, pero él ya estaba dando vueltas en el aire. Su cuerpo se estrelló en el suelo de mala manera. No había podido calcular la caída y la trompada se la dio como Dios quiso. Por fortuna, sólo había un piso de altura, porque de lo contrario se hubiera roto más de un hueso.

Mientras tanto, arriba, los tres hombres se habían detenido atónitos en el umbral.

Los revólveres descansaban inútilmente en sus dedos petrificados.

No entendían aquello. Habían esperado encontrar una mujer y veían… ¡dos mujeres y un hombre desconocido!

Desconocido por el momento. Pronto lo identificaron a causa de su barbita negra.

—¡Es Johnny Rimblay…!

—¡Pagan siete mil por él…!

La voz masculina dijo roncamente:

—Yo pago siete balas.

Y fueron justamente siete balas las que fueron hacia ellos. Los pistoleros no se dieron ni cuenta. Pero de pronto las dos mujeres y el hombre se convirtieron en auténticos huracanes de plomo. Tiraron rabiosamente.

Bastaron segundos para que la atmósfera del reservado se hiciera irrespirable. Para que todo el aire se llenara de un espeso olor a pólvora.

Los tres hombres, muertos, casi tapaban la entrada. No habían tenido tiempo de disparar más.

Mónica recargó su «Derringer».

—Ahora sabrán que estamos aquí —dijo—. ¿Qué hacemos?

La voz masculina susurró:

—Esperar…

—¿Esperar por qué? ¡Norton le explicará a Baxter dónde estamos y entonces no quiero pensarlo…!

—No es eso lo que yo opino —dijo la voz masculina—. Yo creo que Norton es de los que no hablan…

CAPÍTULO X

Norton, mientras se levantaba, se palpó todo el cuerpo. No tenía ningún hueso roto, pero aún no acababa de creerlo. Por la forma como le dolía todo, desde las rodillas hasta la nuca, tenía la sensación de que a su esqueleto le faltaban piezas.

Pero no podía entretenerse allí, porque quizá le tirotearían desde la ventana del reservado. De modo que corrió hacia el porche más cercano.

Lo hizo con toda la velocidad posible y con la cabeza gacha, preocupado tan sólo por la necesidad de quitarse de en medio.

Tropezó con alguien que lanzaba una maldición.

—Eh, Norton… ¿Pero qué cuernos hace?

Norton alzó la cabeza. Conocía aquella voz.

Y se encontró con los ojos iracundos del mismísimo Baxter.

—He tenido un lío —dijo.

—Usted siempre tiene problemas, Norton.

El pistolero se sacudió el polvo de las ropas.

—¿Y se sorprende? Vivo de líos, ¿no?

Baxter arrugó el ceño.

—Me temo que dentro de poco no podrá vivir de nada.

—¿Por qué?

—Le contraté para que matara a Johnny Rimblay y resulta que es Johnny el que ha estado a punto de matarme a mí.

—Son cosas que pasan —murmuró Norton, no queriendo complicarse más.

Sabía que Baxter estaba descontento y de que él podía perder, con un solo gesto del millonario, los siete mil machacantes que ya pensaba tener en el bolsillo.

Y se daba cuenta de que le bastaba pronunciar unas palabras,

decir dónde estaba Johnny Rimblay, para que aquellos siete mil fueran directos a su bolsa.

Pero no lo hizo. No habló.

Habían tenido razón al juzgarle. Norton era de los que no hablaban fácilmente.

No supo por qué guardaba silencio, pero lo cierto fue que se calló.

—Mis hombres persiguen a Rimblay —masculló Baxter—, pero sospecho que no lo encontrarán.

—Claro que no. Sus hombres son idiotas, señor Baxter.

—¿Y usted? ¿Qué ha conseguido usted, Norton, maldito sea? Johnny se le está escapando continuamente, mientras usted se mete en un lío detrás de otro. ¿Qué le pasaba ahora?

Norton dijo ambiguamente:

—Cuestión de faldas…

—¿Sí, eh? Pues me parece que los siete mil se los va a meter en las narices, Norton. ¡Queda despe…!

No llegó a terminar la frase, porque en aquel momento apareció el dueño del saloon.

Y ése dijo lo que Norton quería callar. Éste metió la pata hasta arriba.

Oh, señor Baxter…

—¿Qué cuernos quieres ahora, Samuels?

—Han estado a punto de matar a su amigo.

—¡Éste no es mi amigo!

—Bueno, pues lo que sea. Ha subido a un reservado con una chica a la que yo no había visto nunca. Y no estoy seguro del todo, pero arriba creo que le esperaban otras dos personas.

—¿Y eso qué me importa a mí?

—Es que a una de esas personas me ha parecido verla, pero he callado porque me jugaba la piel. Era un hombre bien vestido y que llevaba una pequeña barbita.

Baxter lanzó un verdadero aullido.

Norton se pasó una mano por la boca.

Bueno, ya estaba armada. No sabía explicar aquel sentimiento, pero le fastidiaría el que aquel hombre, y sobre todo aquellas dos mujeres, cayeran en manos de Baxter. De todos modos ahora veía difícil el evitarlo.

Para acabar de complicar las cosas, se oyó en aquellos momentos un ruido de galopar de caballos.

Todos los jinetes que habían salido a buscar a Johnny, regresaban. Tenían expresiones de gatos que persiguen a un ratón y luego resulta que el ratón les ha mordido la cola.

—Señor Baxter —mascullló uno de ellos—, todo era una trampa. No hemos dado con ese asesino.

—Ni hace falta. El asesino está aquí.

¿Dónde?

La mano derecha de Baxter señaló a Norton, como si lo acusase.

—¡Este os lo dirá!

Norton comprendió que debía tomar una decisión Y como era hombre rápido, la tomó en cosa de segundos.

—Seguidme.

Varios hombres desmontaron, pero Baxter hizo una seña.

—¿Seguirle? ¿Adónde?

—Yo les llevaré hasta Rimblay.

—No me fío —murmuró Baxter—. Ya ha cometido demasiados errores, Norton. Llévese a una parte de esos hombres, pero a los otros los dirigiré yo.

—Está bien. Usted paga y por lo tanto usted manda.

Vio que tres hombres le seguían. Los demás se ponían a las órdenes de Baxter.

El millonario gritó:

—¡Tú, Samuels! Llévame al sitio donde ha ocurrido todo eso.

—Sí… sí, señor.

Norton dijo a los otros tres:

—Vosotros, conmigo.

Confiaba en que Rimblay y las dos mujeres ya habrían oído desde arriba toda la conversación, o al menos la parte más importante de ella.

Y que habrían huido.

Baxter no encontraría nada en el reservado, y en cuanto a él, lo único que tenía que hacer era llevar a los tres hombres por algún sitio que Rimblay no hubiera empleado para huir. Es decir, desorientarles. Pensó que Johnny no habría cometido el error de ir a la cuadra del hotel contiguo para hacerse con unos caballos.

Por eso les llevó directamente a esa cuadra.

—Tienen que estar ahí.

Los tres hombres que venían con él llevaban las manos sobre los revólveres.

Estaban dispuestos a tirar sin previo aviso. A ganarse cómodamente el dinero que pagaría Baxter.

Bueno, era igual. ¡Menudo chasco iban a llevarse!

Entraron en la cuadra.

Ésta formaba un rectángulo, gran parte del cual estaba al descubierto. Sobre ese patio caía el sol. Y Norton quedó como petrificado al ver a las tres personas que estaban allí.

Dos mujeres, dos auténticas bellezas a las que empezaba a conocer bien. Y un hombre con una pequeña barbita que apenas le cubría la mandíbula.

Norton se mordió el labio inferior. Lo único que se le ocurrió decir fue:

—¡Demonios!

Había pensado que Rimblay y las dos mujeres no irían por allí. Y precisamente ése era el sitio que habían elegido para escapar.

Ahora tenían cuatro hombres enfrente, y uno de esos hombres era precisamente él.

Vaciló un momento.

Las tres personas que tenía delante le miraban fijamente. No llevaban armas en las manos. No tendrían tampoco tiempo de sacarlas antes de que un verdadero huracán se abatiera sobre sus cuerpos.

Era el fin.

Pero se dio cuenta de que los ojos bovinos de aquellos tres tipos no estaban posados en Johnny, sino en las dos mujeres.

Murmuró:

—Más valdrá que os entreguéis.

El hombre que estaba a su derecha balbució:

—Nada de entregarse. Por lo menos él.

Norton habló por un lado de su boca.

—¿Qué quieres decir?

—Que por Rimblay lo mismo pagan vivo que muerto. ¿A qué buscarse líos? Lo liquidamos aquí y nos llevamos a las dos mujeres. Baxter sabrá lo que hacer con ellas.

La situación se convertía en insoportable.

Los rostros de todos estaban tensos. Sus ojos parecían los de una manada de halcones.

Diríase que nadie respiraba.

El silencio, el aire espantosamente quieto, eran como una masa sólida que parecía poder palparse.

¿Por qué lo hizo?

¿Por qué Norton tomó aquella decisión absurda, que sólo una hora antes le hubiera parecido inconcebible?

¿Por qué avanzó aquellos pasos?

¿Por qué se situó junto a los que poco antes habían intentado matarle?

La verdad fue que se encontró junto a ellos. Entre las dos mujeres y Johnny Rimblay. Lo cierto fue que sus dedos se tensaron cerca de la culata mientras los tres tipos que ahora estaban frente a él le miraban con infinito asombro.

Con no menos extrañeza le miraban las mujeres.

Una de ellas farfulló:

—¿Por qué lo haces?

—No lo sé. Juro que no lo sé.

Los otros tres parecían no haber entendido aún. No reaccionaban. Pero de pronto uno de ellos murmuró:

—¿Te has vuelto loco?

—Puede que lo esté —dijo Norton.

—¿Qué pretendes?

—Las dos mujeres van a irse. En cuanto a Rimblay, ya hablaremos.

—En cierto modo, es mi deber.

—¡Tú estás borracho Norton!

—No he bebido pero puede que lo esté.

—¡Y eres un traidor!

¿Por qué? Baxter paga siete mil dólares por Rimblay, no por las mujeres. De modo que ellas pueden irse.

—¡Pero en cuanto sepa que ellas le han ayudado, también las querrá! ¡Y no pagará ni un níquel si huyen!

—Pues que se meta los siete mil en las narices. Yo no quiero cobrar nada.

—¡Nosotros sí!

Los dientes de Norton rechinaron. Se daba cuenta de lo que iba a

suceder.

—Pues venid a cobrar —murmuró.

Era ya inevitable. Todas las palabras, todos los gestos sobraban en aquel momento.

Eran tres contra uno, pero Norton nunca había tenido miedo en una situación así.

Oyó aquella voz como si sonara muy lejos.

—¡Muere!

Su brazo derecho se tensó y destensó. Obró mecánicamente, como un resorte perfecto.

Los revólveres brillaron a la luz. Él tenía uno por una sencilla razón: se lo habían dado cuando llevó aquellos tres pistoleros a la cuadra a fin de capturar a Rimblay.

No estaba habituado a aquel arma, y para matar a tres hombres cara a cara hace falta tener los dedos muy habituados a una determinada culata.

Pero a Norton no le había importado aquello. No le importaba morir.

Y ahora quizá iba a hacerlo.

Aquel brillo de los revólveres pareció arrancar un brusco centelleo al aire.

Se oyeron cuatro detonaciones casi instantáneas. En realidad, sólo uno de los pistoleros llegó a disparar, y su bala penetró en una de las paredes de la cuadra. Las tres balas de Norton, en cambio, se hundieron en tres cuerpos calientes.

Hubo un solo grito, un breve y ronco grito de agonía, como si sólo uno de aquellos hombres hubiera sido alcanzado.

Pero rodaron los tres. Hicieron casi la misma pirueta. En realidad, habían sido alcanzados los tres en el mismo sitio.

Norton sintió que su rostro estaba lleno de sudor. Pero no se dio cuenta hasta ahora.

Nunca había sido tan rápido. Y no comprendía siquiera cómo había podido hacerlo.

Sus tres enemigos llevaban ya las armas en las manos cuando él les desafió. Cierto, también, eso sí, que tenían que apuntar al mismo tiempo a Rimblay y a las dos mujeres, lo cual en cierto modo les distraía. Pero, después de hacerlo, Norton no comprendió aún cómo había podido liquidarles a los tres.

Nunca se las había dado de pistolero superdotado. Se limitaba a defenderse y atacar cuando estaba en peligro. Y nunca se había sentido tan cerca de la muerte como durante aquellas interminables décimas de segundo, cuando los disparos brotaron.

Notó que tres asombrados pares de ojos se hallaban clavados en él.

—Te has metido en un buen lío —dijo Greta—. Ahora Baxter te perseguirá también como a un perro rabioso.

—Lo sé.

¿Por qué lo has hecho?

—Porque sabía lo que os esperaba. Y porque no quería que les ocurriera eso a dos mujeres como vosotras.

La voz masculina murmuró:

—Yo las hubiera defendido.

—¿Después de muerto, Johnny Rimblay?

Se oyó una breve carcajada, una carcajada que era casi amarga.

—Eso es cierto. Yo era ya prácticamente un cadáver.

—Pues si no quieres serlo de una manera efectiva, huye de aquí.

—¿Sin ayudarte?

—Nadie puede ayudarme ahora.

—Entre los cuatro liquidaremos a Baxter. Ni aun contratando a todos los pistoleros de Texas podría vencernos.

—Es que yo no quiero matar a Baxter —dijo Norton—. No sé que haya cometido ningún delito. Me limitaré a esquivar sus balazos, si puedo, y a olvidarme de este asunto y de los siete mil machacantes.

—Si supieras lo que Baxter hizo, lo matarías —susurró Mónica.

—¿Qué hizo? ¿Por qué queréis matarlo vosotros?

—Es asunto nuestro.

—Pues si es cosa vuestra, no me meteré con él. Allá vosotros. Y ahora, largaos de aquí si no queréis que ocurra lo que he tratado de evitar.

Las dos mujeres asintieron. En cuanto al reclamado Johnny Rimblay, guardó silencio.

Los minutos cuentan —susurró Norton—. Hala, largo de aquí si queréis vivir. ¡Largo!

Después de ese grito, se produjo un brusco silencio.

Las dos mujeres entraron entonces en la cuadra, hacia la que se

dirigían ya cuando los pistoleros llegaron. Salieron instantes después con tres caballos ya ensilladas. Mientras tanto, Norton había sentido fijamente clavados en sus ojos los de aquel reclamado de Johnny Rimblay. Era una mirada que no podía comprender, una mirada que le turbaba y le emocionaba al mismo tiempo. ¿Miran así los asesinos? ¿Eran aquéllos los ojos de un hombre al que habían convertido en carne de horca?

La voz dijo suavemente:

—No olvidaré esto.

—Pues más vale que lo olvides, Johnny Rimblay. Ya está hecho. No vale la pena hablar más.

Los vio montar a caballo. Las dos mujeres eran una auténtica maravilla. Demonios… ¿cómo se las arreglaba aquel tipo? Norton volvió a pasarse una mano por la boca.

—Oye, Rimblay…

—¿Qué quieres?

—Vas a explicarme tu secreto.

—¿Qué secreto? Tengo muchos.

—¿Cómo lograste conquistar a esas dos mujeres y cómo consigues que estén contentas, sin tirarse del pelo una a otra?

—Ése es precisamente el único secreto que no puedo contarte, amigo.

Es que me gustaría imitarte.

—Lo siento, pero ahora no puedo decírtelo. Tal vez algún día…

—Pues hasta que llegue ese día, vete al cuerno.

—Con mucho gusto, Norton.

Y los tres fustigaron a sus caballos casi a la vez, dándoles fuertes palmadas en las ancas.

Salieron al galope. Norton los vio alejarse con los ojos entrecerrados. Habían empleado una puerta posterior, que daba directamente a la llanura.

De todos modos estaban muy lejos de poder considerarse a salvo. Baxter contaba con voluntarios para organizar la caza, en cuanto escupiera unos cuantos dólares. Y sin duda acorralarían a Johnny y a las dos mujeres a menos que…

Norton achicó los ojos aún más, hasta convertirlos en dos rayitas en su rostro.

Bueno, él se encargaría de «entretener» a Baxter mientras los

fugitivos se alejaban. Porque estaba seguro de que ahora Baxter vendría a por él.

No sabía bien aún lo mucho que acertaba.

CAPÍTULO XI

Baxter recibió la noticia unos instantes más tarde, cuando ya los tres jinetes galopaban por la llanura. Él había registrado inútilmente el saloon y otras casas contiguas de la ciudad. Oyó los disparos, desde luego, pero no les atribuyó el significado que efectivamente tenían. Ahora casi no podía creerlo.

El que le informaba era Cooper, uno de esos clásicos tipos que siempre existen en las pequeñas ciudades y que se enteran de todo. Hacía gestos y aspavientos mientras se lo explicaba.

—… Y le aseguro que fue increíble. Los mató a los tres, aún no sé cómo. Rimblay y aquellas dos mujeres ni siquiera tuvieron tiempo de tocar las armas. ¡Y no hizo falta tampoco! Norton pudo con los tres pistoleros. Los alcanzó a los tres en el mismo sitio. Demonios, nunca he visto cosa igual. Quedaron los tres igualitos, como los ponen para los retratos.

—¡Infiernos! ¡Calla de una vez! ¡Dime sólo por qué Norton se pasó al otro lado!

—No lo sé bien… Eso no lo sé, señor Baxter. Desde mi sitio, pegado a una de las paredes, no oía bien lo que decían. Pero es absolutamente cierto que ayudó a esos granujas a huir. Le digo la verdad. Como le digo también que Norton sigue estando en Albany.

Los dientes de Baxter rechinaron.

—Él lo pagará… Quiero oír lo que dice Norton cuando mis hombres le arranquen la piel… Si se ha quedado en Albany, ya no tiene salvación. —Yo creo que tal vez piensa cubrir la retirada al otro, señor Baxter.

—Sí, eso es lo que debe haber pensado. Pero le saldrá mal. Enviaré a varios pistoleros a perseguir a Rimblay y las dos mujeres. En llanura abierta y siendo de día, no tienen escapatoria.

—Pero ¿y Norton? ¿Es que ya no cuenta con él? ¡Menudo revólver tiene ese buitre!

—Tiene buen revólver porque los tres pistoleros a los que ha matado eran mancos, además de idiotas. Pero no resistirá a dos auténticos profesionales.

Cooper achicó los ojos.

—¿Dos auténticos profesionales? —murmuró.

—Busca a Artig y a Rex. Tienen que estar en la ciudad.

—Sí, claro que están… Y ahora que lo recuerdo: no hacen más que esperar a que Norton vuelva por Albany. Lo odian porque les dio esquinazo. Lo matarán gratis, en cuanto sepan que ha vuelto.

—Pues díselo.

Y largó a Cooper una moneda de plata de cinco dólares. El hombrecillo salió corriendo.

Mientras tanto, Baxter se ponía en movimiento también Debía organizar cuanto antes una tropa para dar alcance a los fugitivos.

Estaba seguro de que Johnny Rimblay y sus dos extrañas amiguitas no se le escaparían ahora.

* * *

Cooper encontró a Artig y a Rex en un tugurio que estaba en las afueras de la ciudad. Los últimos días los habían pasado jugando interminables partidas de cartas y desplumándose ahora uno ahora otro. Su única obsesión era que Norton volviera por allí. No podían perdonarle el que les hubiese dado esquinazo.

Cooper murmuró:

—En, muchachos.

Los dos alzaron a la vez los ojos de unos naipes tan marcados que ya no se conocían ni las filigranas de la parte posterior.

—¿A qué vienes a molestar ahora, Cooper?

—Norton está aquí.

—¿Ehhhhh…?

—Baxter quiere que lo atrapéis. Habrá dinero largo para el que lo mate.

Rechinaron a la vez los dientes de los dos pistoleros.

—A ése le matamos gratis.

—Vamos.

Y salieron del local.

El sol les dio en los ojos. También dio en la cara de Norton al salir de la cuadra.

Pero Norton tenía una desventaja: No sabía aún que estaban viniendo a por él.

* * *

Fue Mónica la que vio aquella nube de polvo a su espalda. Fue ella la que dio la voz de alarma, al volverse de repente.

—¡Mirad!

Los relieves de las casas de Albany se confundían espectacularmente con aquella nube de polvo. Eran al menos ocho los jinetes perseguidores. No habían creído que Baxter pudiera organizar en tan poco tiempo una tropa tan numerosa.

Greta no quiso mirar aquello.

Sus ojos se perdieron en la llanura que tenían delante, en la llanura pelada, casi desértica, que parecía infinita.

Una nube de desesperanza cubrió su rostro…

No iban a poder desorientar a sus perseguidores allí. Aún faltaban demasiadas horas para la noche. La persecución podía durar más o menos, pero su final estaba previsto de antemano.

Se oyeron varias detonaciones.

Las balas aún quedaban cortas, pero la distancia entre los dos grupos, se iban reduciendo ostensiblemente.

Las dos nubes de polvo se aproximaban yarda a yarda. Los perseguidores llevaban mejores caballos que los tres fugitivos, y sobre todo, conocían el terreno a la perfección. Eso les permitía ganar distancias que podían parecer insignificantes, de sólo dos yardas, pero que a la larga se convertían en un cuarto de milla, que era todo lo que necesitaban para hacer funcionar bien sus rifles.

Greta giró la cabeza.

—Están ya más cerca…

Claro que lo estaban. La primera bala de rifle restalló entre las patas de los caballos. Ahora todo era cuestión de tiempo.

Sólo se trataba de saber cuánto tardarían en alcanzar a alguno de los animales.

Como las mujeres no llevaban espuelas, no podían castigarlos. La velocidad de los corceles iba disminuyendo, conforme el cansancio aumentaba. En cambio, en el grupo perseguidor no había

piedad. Los ijares de los caballos estaban cubiertos de sangre, pero éstos ganaban terreno continuamente.

Otra bala pasó un poco alta.

Pero la tercera ya dio en el blanco. El caballo de Mónica fue alcanzado en un anca y dio un terrible salto. Mónica voló por los aires, con las piernas al descubierto.

La muchacha quedó sentada en una zona de hierba. Todo el cuerpo le dolía. En el primer instante no pudo ponerse en pie.

Los otros dos caballos se detuvieron también.

No iban a dejarla sola. Tratar de seguir, por otra parte, era ya prácticamente imposible.

Los jinetes se acercaban.

La nube de polvo no parecía tan espesa, a aquella distancia. Se veían perfectamente sus siluetas, que estaban a tiro de revólver.

Pero era inútil hacerles frente contando solo con unos «Derringer» de dos cañones, como los que tenían las mujeres. Enfrente había ocho hombres y, lo que era peor, ocho rifles.

Los jinetes rodearon al pequeño grupo sin que se hubiera producido ni un tiro más.

Ocho cañones apuntaban a tres cabezas. Los brazos de los prisioneros se alzaron. No hubo una sola palabra.

Sólo uno de los jinetes balbució, mirando a las dos mujeres:

—¿Te has fijado?

Y el de su lado contestó:

—Están estupendas…

CAPÍTULO XII

El silencio se había convertido en una cosa pegajosa, cálida.

Era un silencio que parecía enroscarse en el aire.

Norton no oía más que el leve tintineo de sus espuelas mientras caminaba hacia la calle principal, donde esperaba encontrar los revólveres de los hombres de Baxter.

No se hacía ilusiones. Iba a ser una lucha desesperada en la que seguramente se dejaría la piel.

Pero sus pasos no dejaban por eso de ser pausados y tranquilos. Parecía un hombre que hubiera salido a dar un paseo con la mayor indiferencia.

Visto de muy cerca, ya era otra cosa.

Se notaba la inquietud en sus ojos, que escrutaban a un lado y otro de la calle. Se captaba la tensión de sus músculos y las gotitas de sudor frío que perlaban su frente.

Sin embargo, nada ocurría.

El silencio seguía envolviéndole.

Al llegar a la calle principal de Albany se dio cuenta de que todas las puertas y ventanas estaban cerradas. Incluso por debajo de los batientes de un saloon sólo asomaba la cabeza perezosa de un gato. En la barbería, el dueño se estaba afeitando así mismo, a falta de clientes. Al ver a Norton, la navaja se le cayó de la mano.

Norton achicó los ojos aún más.

¿Qué significaba aquello?

¿Por qué no se veía a nadie? ¿Por qué no venían a por él?

¿Acaso Baxter no se había enterado de que él acababa de matar a tres de sus hombres?

Pero aquel silencio y aquella quietud significaban que sí, que lo sabía. Y que tenía preparada la muerte de Norton.

Pero el joven se dijo a sí mismo que eso significaba también algo más.

Baxter había enviado a gente en persecución de Johnny Rimblay y las dos mujeres. Siendo de día y en aquella llanura, los cazarían sin duda alguna.

Norton se estremeció.

Sabía lo que iba a ocurrir cuando aquellas mujeres fuesen atrapadas, pero no veía modo de ayudarlas.

No sabía ni siquiera lo que iba a ocurrirle a él.

Pronto lo comprendió, sin embargo, cuando oyó aquel chasquido en una de las ventanas.

Era el martillo de un revólver al alzarse. Otro no hubiera captado el leve sonido, pero Norton sí. Se dio cuenta inmediatamente de que la caza había comenzado.

Y él inició el baile. Se lanzó a tierra con la velocidad de un puma al que pinchan mientras dormía.

La bala rozó su cuerpo y se empotró en las tablas del porche. Inmediatamente el disparo se repitió, pero con peor resultado aún, porque Norton ya se había ocultado tras un barril de agua. La bala penetró en él y abrió un agujero, por el que empezó a salir el líquido. El joven esperó, sin moverse, conteniendo la respiración.

Se había dado cuenta de que era un solo tirador. Uno solo, por el momento.

Luego volvió a producirse aquel silencio pegajoso, hostil, que enrarecía el aire.

Norton casi tenía cerrados los ojos, pero veía todos los detalles con una absoluta precisión. Y su cerebro funcionaba a toda marcha, con esa presión insoportable con que la muerte trabaja cuando se sabe que va a morir.

No era posible que Baxter enviara un solo tirador contra él. Tenían que ser al menos dos. Y eran dos, seguro. Dos auténticos profesionales como Artig y Rex.

Recordó que los había despistado en Albany cuando fue en busca de Johnny Rimblay a los pozos de petróleo abandonados. Seguro que los dos pistoleros habían esperado su regreso y ahora que sabían que estaba allí tenían un solo pensamiento clavado en sus cabezas: matarle. De pronto, se estremeció.

Si uno de los enemigos estaba frente a él, el otro se habría

situado sin duda a su espalda.

Se volvió, pegado todavía al barril, y girando velocísimamente sobre sus tacones, vio el brillo del rifle en aquella ventana que estaba apenas a quince yardas.

Un segundo después hubiera sido demasiado tarde, pero ahora pudo aún, al menos, evitar el disparo mortal.

Apretó el gatillo, tirando contra el rifle. No alcanzó a su enemigo, pero éste tuvo que retirarse. El rifle dejó de aparecer por la ventana. La sorpresa había fallado.

Norton se pasó lentamente la izquierda por la boca.

Ya sabía que eran dos: Artig y Rex. Pero con aquello no arreglaba gran cosa, porque lo único que importaba de verdad era matarles antes de que lo atraparan a él.

Dos nuevas balas atravesaron el barril de agua.

Éste iba vaciándose cada vez con mayor rapidez, y también se agotaban las esperanzas de Norton.

En cuanto en el barril ya no hubiera líquido que frenara las balas, éstas lo atravesarían con facilidad, y dejaría de serle un parapeto.

No le quedaba más remedio que hacer una cosa: tumbó el barril, siempre pegándose a él, y lo hizo rodar poco a poco. A cada vuelta del barril, él avanzaba la distancia correspondiente. De ese modo estaba siempre protegido, mientras se desplazaba de allí y trataba de llegar a la columna del más cercano porche.

Dos balas más perforaron la madera. El agua empezó a mojar a Norton, pero éste casi lo agradeció, porque todo su cuerpo estaba empapado en sudor, a pesar de que el aire era casi frío.

Rex aulló:

—¡Eh, Artig! ¿A qué esperas?

Artig tenía que ser el del rifle. Apareció de repente por una ventana distinta, justo cuando Norton saltaba para protegerse tras la columna del porche.

Dos balas seguidas mordieron la madera. Las astillas saltaron hasta la cara de Norton. Éste se encogió hecho un ovillo, sin disparar para no revelar su posición exacta.

Ahora la sombra del porche le protegía en parte. La luz del exterior era casi cegadora, y eso podía hacer que sus enemigos confundieran su silueta con la sombra de cualquier objeto.

Así permaneció, quieto, durante un tiempo que le pareció interminable.

Nada se movía en torno suyo.

Todos acechaban. El primero que cometiera una imprudencia o perdiera los nervios sería también el primero en caer.

Pero el tiempo jugaba en contra de Norton.

Estaba en el feudo de Baxter, y éste le acorralaría. Podían llegar más hombres de un momento a otro.

Fue eso lo que le hizo decidirse. De pronto se despegó de la pared.

El movimiento fue instantáneo, pero sus dos enemigos ya lo estaban esperando. Tres balas picotearon la silueta de Norton. Éste voló en dirección a los batientes del saloon que tenía cerca. Tropezó con algo. No se dio cuenta de que eran los batientes hasta que su cuerpo dibujó una vuelta completa en el aire.

El «aterrizaje» le hizo derribar dos mesas. Patinó hasta la barra y se detuvo allí, jadeando.

De momento, estaba seguro, pero sus enemigos lo tenían localizado.

Busco con los ojos otra salida, pero en el saloon no había más que una puerta. Todas las ventanas daban a la calle por la que acababa de entrar.

Inútil pensar en escapar por allí. En cierto modo estaba cercado.

Tragó aire penosamente.

Empezó a oír el tictac del reloj del saloon como si éste retumbara en su cráneo.

No oía, en cambio, a sus enemigos, aunque éstos tenían que andar cerca. Saltó la barra y se parapetó tras ella.

Pero ni Artig ni Rex atacaban.

Se daban cuenta de que el tiempo les favorecía. Esperaban que su enemigo «madurara». Y la verdad era que a Norton le faltaba bien poco para perder los nervios.

Resolvió atacar. Asomó por el borde de la barra y apuntó hacia la puerta. No se veía a nadie por allí. Tomó entonces una botella con la mano izquierda y pareció como si fuera a llevársela a los labios.

Pero en realidad lo que quería era que aquella botella le sirviera como un espejo, para vigilar al mismo tiempo el techo del saloon,

donde había una claraboya.

De repente, la soltó, mientras todo su cuerpo se contorsionaba.

Disparó dos veces hacia allí, hacia arriba, y se oyó un alarido de muerte.

Rex rompió con su peso los cristales de la claraboya, por cuya abertura estaba apuntando ya. Cayó estrepitosamente, mientras con sus últimas fuerzas hacía un inútil disparo al aire.

Pero no estaba muerto cuando tocó el suelo. Aún intentó mover el revólver.

Norton lo despachó definitivamente de una bala a la cabeza. Luego recargó el revólver con movimientos febriles.

Su otro enemigo, Artig, podía no estar lejos. Pero ahora eran uno contra uno.

Artig también se había dado cuenta de eso.

Sus facciones, hasta entonces tranquilas, estaban ahora cubiertas de sudor.

Oía los mil rumores de la ciudad que parecía desierta: crujidos de ventanas mal cerradas, chasquidos de puertas. El viento hacía mover los batientes de los saloons, donde no había nadie. Y todo aquello le parecía obra de su enemigo, le hacía creer que era Norton el que se le acercaba por la espalda.

La derecha de Artig temblaba.

Iba avanzando poco a poco, pegado a las paredes, hasta llegar al Banco de la localidad, que tenía un gran muro de piedra.

Allí oyó de repente aquella voz:

—¡Artig!

Norton le llamaba. Norton le buscaba allí, en la ciudad que parecía desierta. Pero ¿desde dónde? ¿Cuál era la procedencia de aquella maldita voz?

El muro frente al cual estaba le devolvía el eco, y eso le desorientaba. Oyó de nuevo:

—¡Artig!

Y todas las paredes parecieron repetir: «Artig, Artig, Artig…». Era como si cien voces le llamaran a la vez. El pistolero se volvió desorientado.

Y de pronto lo vio frente a él.

Era como la imagen misma de la muerte que avanzaba hacia él, a pesar de que Artig tenía todas las ventajas. Empuñaba ya el

revólver, mientras que su enemigo había de sacarlo aún.

De pronto todo su cuerpo se crispó.

Tenía que aprovechar aquella ventaja. Los dados ya estaban lanzados e iban a caer. La apuesta era la vida.

Desvió el revólver mientras Norton movía apenas la muñeca derecha. El disparo brotó a través de la funda. Artig vaciló, mientras sentía como si, al correr, hubiera chocado con una pared de cristal.

Giró sobre sí mismo y cayó pesadamente a tierra, mientras aún disparaba dos veces al suelo, hasta que el revólver resbaló de entre sus dedos ya fláccidos.

Norton le dio la vuelta con el pie, para ver sus ojos espantosamente abiertos.

Y todo lo que murmuró fue:

—Buen viaje…

CAPÍTULO XIII

Muy distinto era el ambiente que en esos mismos instantes rodeaba a Baxter. El millonario daba por seguro que Rex y Artig habrían acabado con Norton, y por lo tanto ya no pensaba en él. Y aunque hubiera pensado, lo que ocurría le hubiese hecho muy pronto olvidarlo.

Ocho hombres traían a tres prisioneros. Y de esos tres capturados, dos eran mujeres.

Desde el porche de la casa que Baxter poseía a dos millas de la ciudad, vio avanzar al cortejo. Se frotó las manos, mientras sus ojos brillaban de odio y de deseo al mismo tiempo.

Ahora iba a librarse de Johnny Rimblay, aquel mortal enemigo que quería acabar con él sin que Baxter supiera por qué. Una cosa era cierta, de entre las que había dicho Norton al contratarlo: No sabía qué era lo que buscaba Rimblay. ¿Por qué deseaba matarle? ¿Qué le había hecho él, Baxter?

Porque él había hecho muchas cosas inconfesables en su vida. Algunas que le quemaban aún en el pensamiento, pero que sin vacilaciones volvería a hacer. Sin embargo, nunca había causado el menor daño a un hombre llamado Johnny Rimblay.

¿Por qué quería matarle? ¿Por qué Rimblay había hecho de la muerte de Baxter el objetivo de su existencia?

Pronto lo sabría.

Cuando lo tuvo ante él, lo miró de arriba abajo.

Las ropas bien cortadas, aunque tal vez algo anchas. Las botas de excelente cuero, tal vez algo pequeñas. La levita color café. El cinto canana donde ya no había ningún revólver.

Sus manos estaban atadas a la espalda, al igual que las manos de las dos mujeres.

Baxter rió.

Su risa fue áspera, brutal, pero fue también la risa de un hombre satisfecho y que ha terminado bien un trabajo que parecía imposible.

Su mano pequeña y fofa se movió.

Golpeó dos veces, rabiosamente, la cara de su prisionero.

Y entonces sucedió algo increíble, algo en que hasta entonces no se le había ocurrido pensar. ¡La pequeña barba que apenas ocultaba la mandíbula de Rimblay se desprendió! ¡Y debajo de los cabellos cortos, pero admirablemente suaves y limpios, apareció el rostro de una mujer…!

* * *

Baxter sintió que la mano se le quedaba helada.

No acababa de creerlo, no lograba convencerse aún de lo que sus ojos veían.

Y entonces pareció acometerle una rabia febril. Sus dos manos arañaron las ropas. Rasgaron la camisa brutalmente, ante el asombro de todos los que estaban allí.

Baxter entrecerró los ojos.

Notaba que todos miraban obsesionados hacia aquella preciosa escultura.

Pero él pensaba en otra cosa; él miraba aquellos ojos helados de la mujer y recordaba algo, algo que ya parecía hundido en las brumas del tiempo, pese a que sólo había ocurrido dos años atrás. Fue cuando él galopaba con sus hombres por las llanuras del norte de Texas, comprando ganado… Fue en aquel ranchito donde no había más que una muchacha. Fue la luz oblicua del sol, la sensación de soledad, el pensamiento de que ella era preciosa… Pero Baxter no se arrepentía de nada. Baxter lo volvería a hacer.

Ahora aquellos ojos que tenía delante le recordaban los de la muchacha.

Los ojos quietos de la muchacha cuando la mató…

Ella ya no disimuló la voz. Ya no fue una voz masculina y falsa la que brotó de entre sus labios. La que había fingido ser Johnny Rimblay musitó:

—Te acuerdas de ella, ¿verdad? De repente te has dado cuenta de que los ojos son los mismos…

—Os parecéis… Os parecéis mucho…

—Ella era mi hermana menor. Mi hermana Ethel.

—Tú… ¿cómo te llamas?

—Lorena Rimblay…

—Entonces, el apellido es auténtico… Pero lo del nombre de Johnny…

—Tuve que elegir una falsa personalidad, y escogí la de un hombre. Así tú no sabrías por dónde te venían los golpes. No relacionarías mi presencia con tu miserable crimen, y me sería más fácil actuar. Mi pensamiento era sólo uno: matarte, matarte como a un perro rabioso. Y ellas quisieron ayudarme…

Baxter chascó la lengua.

Se sentía cada vez más satisfecho y más seguro de sí mismo.

El pensamiento de que se había librado de una muerte casi inevitable, le hacía sentirse inmensamente feliz.

Miró con detalle a las otras dos preciosas mujeres.

—¿Quiénes son ellas? —balbució.

—Mis dos hermanas: Greta y Mónica.

—De modo que todas queríais vengar a la pequeña…

—Y la vengaremos. La vengaremos, maldito.

Baxter llevó las manos a la abultada panza y se la sostuvo mientras lanzaba una carcajada de hilaridad. Era lo que le faltaba oír. ¡Vengarse ahora…!

—¿Pero es que no te das cuenta? —masculló mirando a Lorena.

—¿Cuenta de qué?

—De que me habéis ofrecido el más maravilloso festín que pude imaginar. A aquella chiquilla no he podido olvidarla aún, y tú te pareces tanto… ¡Infiernos! ¡La aventura volverá a repetirse!

Las brutales palabras quedaron sólo unos momentos flotando en el aire. Baxter rió, pero sólo un par de los individuos que estaban allí le corearon. Todo era demasiado brutal, demasiado siniestro… A Baxter, sin embargo, eso no le quitaba ni un miligramo de su salvaje alegría. Al contrario.

Trató de dar un zarpazo a las caderas de Lorena.

Ella alzó la pierna derecha, tratando de clavársela en el bajo vientre. Pero Baxter aún era ágil y esquivó el golpe lanzando una maldición.

Uno de los testigos que estaban más cerca extendió la pierna.

Lorena Rimblay tropezó con ella, y sus manos atadas le impidieron conservar el equilibrio. Cayó pesadamente a tierra.

Sus dos hermanas no la miraron siquiera. Sus ojos salvajes indicaban un indomable deseo de luchar. No se entregarían fácilmente, a pesar de estar atadas.

Baxter golpeó con sus pies el cuerpo caído de Lorena Rimblay. Ella no se quejó. Al contrario, sus ojos le miraron fijamente con desafío, con desprecio y con burla.

Aquella mirada excitaba aún más a Baxter.

Se sentía fuera de sí.

Un ansia salvaje, un deseo asesino que hasta entonces había tratado de disimular, le dominaba los nervios y le hacía sentir como una dulce borrachera.

Allí tenía su rancho, allí tenía sus hombres. Podía hacer con las tres prisioneras lo que le viniese en gana. Nadie se opondría a que él aplicara la salvaje ley del vencedor.

¿A qué esperaba?

—Esta noche será ahorcada una de ellas —dijo.

Y miró a los hombres que le rodeaban.

Rostros ansiosos, crispados, expresiones que se iban volviendo salvajes poco a poco.

El pensamiento del mal dominaba a todos los que estaban allí como un reptil venenoso penetra en su guarida.

—Cada noche será ahorcada una distinta —dijo salvajemente Baxter.

Sujetó por los cabellos a Lorena, que trataba inútilmente de morderle, y la arrastró entre las carcajadas de los demás. Greta y Mónica habían cerrado los ojos, evitando mirar aquello. Pero Lorena Rimblay, a pesar del terrible castigo, y de saber lo que la esperaba, no lanzó un grito ni se quejó una sola vez.

Pero Lorena resistiría. Lorena estaba deseando morir. Lucharía hasta el fin, a pesar de tener las manos atadas.

Sus manos se movían frenéticamente. Lorena casi consiguió morderle y él, loco de furor, la golpeó una vez, dos veces, tres veces…

Parecía haberse vuelto loco.

Hasta que de pronto aquella voz musitó:

—No la mates, Baxter… ¿Qué harías con ella cuando esté

muerta?

Baxter se volvió de pronto.

Sus facciones eran una máscara. El sudor se puso a correr de repente por ellas.

Y el revólver de Norton se clavó en su mismísima boca. Le golpeó en la boca cual si fuese una caricia. Con la suavidad de la caricia de un tigre.

CAPÍTULO XIV

Baxter no pudo ni gritar.

Se sentía tan aterrado, tan confuso, que las fuerzas le fallaban. Cayó de rodillas a tierra.

Norton movió la pierna derecha.

El puntapié fracturó la mandíbula del millonario. Éste no pudo ni gritar, de lo terrible que fue el dolor. Pero el chasquido se oyó incluso fuera de las paredes de la casa.

Los ocho hombres estaban fuera, escuchando anhelantes.

—La está ablandando con una buena paliza —dijo un «enterao»—. No se anda con finuras, el tío…

Greta y Mónica, quietas junto a la pared, escuchaban en silencio mientras las lágrimas quemaban sus ojos.

Norton avanzó lentamente.

Su espuela derecha dibujó un corte terrible en la mejilla del caído Baxter.

Y éste tampoco gritó. La garganta parecía habérsele roto. Sus ojos desencajados no miraban a ninguna parte.

Norton temió incluso haberle matado.

Pero no. Baxter vivía. Baxter estaba vivo, aún para desgracia suya.

El joven desligó en un instante a Lorena Rimblay que se frotó los nudillos.

—¿Te sientes bien? —balbució Norton.

—Mejor que en cualquier otro momento de mi vida.

—Lo he oído todo antes —susurró Norton—. Y si ese perro de Baxter se ha llevado una sorpresa, yo me la he llevado doble. Ahora comprendo por qué aquel pistolero llamado Bingam, al que maté en los pozos de petróleo, te defendía. Él conocía la verdad y estaba

enamorado de ti, pero no quiso hablar… Confieso que yo, por mi parte, me había tragado el anzuelo. El truco de la navaja de afeitar, la brocha y el jabón en el dormitorio… Las ropas tan bien preparadas… El hecho mismo de viajar con dos mujeres que parecían enamoradas de ti… Todo eso me hizo creer que eras realmente un hombre, aunque un misterioso impulso me hizo ponerme a tu lado en el momento decisivo… Hace poco, al comprender la verdad, me hubiera dado un puñetazo yo mismo.

Miró a Baxter, que se retorcía en el suelo, y susurró:

—Supongo que querías matarlo…

—Ahora con cien motivos más —dijo Lorena con voz helada.

Norton se encogió de hombros.

Fue el mismo gesto que el del cazador que pisa la cabeza de una alimaña medio muerta ya.

—¿Para qué perder tiempo? —murmuro.

Y acercó el revólver a la cabeza de Baxter. Éste aulló:

—¡Nooo…!

Norton dijo sencillamente:

—Sí, pequeño.

Y disparó tres veces. Con una había bastante. Luego se acercó a la puerta y la abrió bruscamente.

Ocho rostros sudorosos y atónitos. Ocho hombres que no sabían qué hacer si llevar las manos a las culatas o salir corriendo.

Hubo tres que decidieron huir, y ésos salvaron la vida. Los otros cinco adivinaron lo que había sucedido y trataron de vengar al patrón.

A Norton sólo le quedaban tres balas en el revólver, pero eso no le importó.

Lo tenía ya en la mano y apretó el gatillo.

Tres cuerpos se contorsionaron brutalmente al ser segados por el plomo. Tres revólveres saltaron al aire.

Los otros dos hombres trataron de huir. No habían contado las balas ni tuvieron en cuenta ese detalle. Norton se encogió para tomar el revólver de uno de los muertos.

Dos disparos más terminaron con los que huían.

Norton miró los cinco muertos casi a sus pies, sopló en el cañón del revólver y dijo sencillamente:

—Espero que en el otro barrio armarán una buena partida de

póquer…

* * *

Cuando hubo desatado también a Greta y a Mónica, les estrechó la mano y les señaló, más allá del porche, la llanura que parecía infinita.

—Será mejor que marchéis cuanto antes —dijo—. No habrá complicaciones legales, pero es mejor que estéis lejos de Albany. Yo, en cambio, me quedaré aquí.

Fue Lorena la que había llegado ya junto a él, quien susurró:

—¿Por qué vas a quedarte?

Norton la miró. La observó con detalle. La miró como no había mirado nunca a una mujer.

¡Qué señora!

Mejor dicho, ¡qué tres señoras!

Le embrujaban a uno con sólo mirarle. Tenían los ojos más bonitos, más suaves…

Bueno, basta.

—Me quedaré porque he perdido siete mil dólares —dijo calmosamente, contestando a la pregunta de Lorena.

—¿Y cómo piensas recuperarlos?

Norton se pasó una mano por la boca.

—Hay una señorita que tiene lo menos setecientos mil —dijo tranquilamente.

Y salió de allí, pasando por encima de los muertos, para dirigirse a la casa de Ann.

Ann parecía esperarle.

Norton reconoció que, pese a todo, le gustaba mucho menos que Lorena Rimblay, pero… ¡Qué cuerno! ¡Cuando una mujer es millonaria no tiene, encima, que ser *miss* Universo!

Ella dijo sencillamente:

—Hola, cariño.

Y él:

—Hola, chata.

La besó en la boca. Ahora Ann no se quejó.

Cuando la caricia hubo terminado, ella murmuró suavemente, como una hormiguita previsora que planea su futuro:

—Seremos muy felices, ya lo verás. Nuestra colección de

porcelanas aumentará. Y cada día las limpiaremos juntitos…

A Norton aquello tampoco le hizo gracia del todo, ¡limpiar porcelanas él…! ¿Pero qué se le va a hacer? ¡Cuando una mujer es millonaria, uno tiene que aguantarse, aunque haya porcelanas hasta en el techo!

Norton dijo:

—Sí, cariño.

—¡Sí, cariño! ¡Sí, cariño! —masculló una voz a su espalda—. ¿Te hace mucha gracia esto? ¿En qué te has convertido, Norton? ¿En un mayordomo?

Norton se volvió de repente. Conocía aquella voz.

¡Claro que la conocía!

Ahora, sin disimulos, le gustaba mucho más que cuando sonaba como la de un hombre.

Vio a Lorena Rimblay en el marco de la puerta, abierta de pronto. La vio con su figura tentadora y diabólica. Y, para que no le faltase nada, con un revólver en la mano derecha.

Lorena murmuró:

—¡Toma porcelanas! ¡Sí, cariño! ¡Sí, cariñito mío…!

Y disparó contra la primera pieza de una serie de ellas que estaban colgadas en la pared. La bala hizo diana en seis o siete seguidas Se oyó un ruido como si hubiera roto una cocina entera.

—¡Ya le pagaré los estropicios a tu cariñito! —masculló Lorena —. ¡Le enviaré una transferencia bancaria apenas llegue a casa!

Y salió, cerrando de un portazo. Norton la vio marchar con la boca abierta.

No lo comprendía, o mejor dicho entendía aquello muy bien.

Farfulló:

—¡Eres una mujer de verdad! ¡Estás celosa!

Y salió tras ella. La alcanzó todavía en el porche. La atrajo casi brutalmente hacia sí.

Ella se revolvió como una gata, pero en el fondo temblaba de placer.

—¡Al diablo los siete mil machacantes! —gritó Norton—. ¡Al diablo las porcelanas! ¡Al diablo todo excepto tú! ¡Tú, que eres la bruja más bonita que he conocido en mi vida!

Y la besó. La besó con todas sus fuerzas, con toda su ansia, como nunca había besado a nadie.

Fue entonces cuando oyó pasos junto a él.

Las otras dos hermanas, Greta y Mónica, se acercaban también.

—Eh, Lorena —dijeron a la vez—. No te quedes todo para ti. A nosotras también nos gusta…

Y fueron a abrazarle. Norton abrió mucho los ojos. Norton no tuvo esta vez fuerzas ni para pasarse una mano por la boca. Y Norton, que no había pedido auxilio jamás, gritó de repente:

—¡Socorrooooo…!

FIN